

1927

USC

UNIVERSITAT DE SANT JOSEP DE COMERCIS

CIA.  
7.  
180

ALCÁNTARA  
SAVADO DE ORACIÓN Y MEDITACIÓN









BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00052084

TRATADO  
DE LA  
ORACIÓN Y MEDITACIÓN.

Ga-4180

Etiquetas Venetia

Encuadernados

R. 116.484

2000

TRATADO  
DE LA  
ORACIÓN Y MEDITACIÓN  
POR  
S. PEDRO DE ALCÁNTARA,  
DE LA ORDEN DE S. FRANCISCO  
Y FUNDADOR  
DE LA REFORMA ALCANTARINA.

(Con las licencias necesarias)



SANTIAGO.  
Imprenta de EL ECO FRANCISCANO.

1885.



USC

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

---

S. Ema. Rma. EL CARDENAL PAYÁ, ARZOBISPO DE SANTIAGO, se ha digna lo conceder CIEN DÍAS DE INDULGENCIA á los que leyeren á lo ménos un capítulo de este Tratado, por cada vez que lo hicieren.

---



TRATADO  
DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN  
POR  
S. Pedro de Alcántara.

DIRIGIDO  
AL MUY MAGNÍFICO, Y MUY DEVOTO  
Sr. RODRIGO DE CHAVES, VECINO DE CIUDAD-RODRIGO.

**M**uy magnífico, y muy devoto Señor: nunca yo me moviera á recopilar este breve Tratado, ni á consentir que se imprimiese, si no fuera por las muchas veces que Vmd. me mandó escribiese alguna cosa de oración, breve y compendiosa, á claridad, cuyo provecho fuese más común; pues siendo de pequeño volumen y precio, aprovecharía á los pobres, que no tienen tanta posibilidad


para libros más costosos; y escribiéndose con más claridad, aprovecharía á los simples, que no tienen tanto caudal de entendimiento. Y pareciéndome, que no es de menor mérito obedecer en este caso á quien pide cosa tan piadosa y santa, que el fruto que se puede sacar de ella, quise poner en ejercicio tan santo mandamiento, bien certificado, que para mí no puede este pequeño trabajo dejar de ser de provecho, si la mucha afición y voluntad, que tengo al servicio de Vmd. y de la señora Doña Francisca vuestra compañera, no ménos ligada con Vmd. con el vínculo de caridad y amor en Jesucristo nuestro Bien, que con el del matrimonio, no me lleva alguna parte del merecimiento. Aunque si es verdad (como lo es) que todo el bien que hacen nuestros hermanos, de que nos gozamos los Cristianos, resulta en mérito particular del que se huelga, bien podré yo decir *Quod particeps sum devotionis vestrae*, y de todas vuestras buenas obras, pues como con hijos muy queridos en el Señor (que así quiero llamará Vmds.) pues me tienen por Padre, nunca ha faltado

la pobreza de mi doctrina é industria de ayudar á la riqueza de los santos propósitos y altos pensamientos de Vmds. Y habiendo leído muchos libros acerca de esta materia, de ellos en breve he sacado y recopilado lo que mejor y más provechoso me ha parecido. Plegue al Señor que así aproveche á todos los que le buscan, pues no es para los demás, y que consiga Vmd. el interés espiritual de su buen deseo, y yo el de mi buena voluntad; todo á honra y gloria de Jesucristo nuestro Bien, cuyo es todo lo que es bueno.



## CAPITULO I.

### DEL FRUTO QUE SE SACA DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN.



ORQUE este tratado breve habla de la oración y meditación, será bien decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres á él.

Notoria cosa es, que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar, porque á no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes, y alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el

Apóstol (1): *Huélgame con la Ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley é inclinación en mis miembros, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva tras sí, cautivo á la ley del pecado.* Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan, es la devoción. Porque (como dice Santo Tomás) no es otra cosa devoción, sino (2) *una prontitud, y ligereza para bien obrar*, la cual despide de nuestra ánima toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y rocío del Cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo, y un afecto sobrenatural; el cual de tal manera regla, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborreci-

---

(1) Ad. Rom., 7, v. 23.

(2) 2.<sup>a</sup> quest. 82. art. 10. 2. v. quest. 83. 3. 1.<sup>o</sup>

miento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinaciones de bien obrar, allí el deseo de agradar, y amar á un Señor tan bueno, y tan dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por Él; y finalmente reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas: ¿Por qué medios se alcanza ese tan poderoso y tan noble afecto de devoción? A esto responde el mismo Santo Doctor diciendo: que por la meditación, y contemplación de las cosas divinas, porque de la profunda meditación y consideración de ellas, redunda este afecto y sentimiento en la voluntad (que llamamos devoción) el cual nos incita, y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos, porque es medio para alcanzar la devoción, la

cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver como es verdad, mira cuán abiertamente lo dice San Buenaventura por estas palabras (1):

*«Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente, y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción,*

---

(1) S. Bonav. de vita Christi.

*y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción, y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y demás de esto, si quieres subir á la alteza de la contemplación, y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque este es el camino por do sube el ánima á la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escrituras Divinas), esto basta agora por suficiente probanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica, ni*


más llena que ésta? Oye también lo que dice á este propósito otro muy religioso y santo Doctor (1), hablando de esta misma virtud: *En la oración se alimpia el ánimo de los pecados, apa-ciéntase la caridad, certificase la fe, fortalecese la esperanza, alégrase el espíritu, derritense las entrañas, purifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del Cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios, á ella se descubren atentos los oídos de Dios. Esto basta agora para qué en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.*

---

(1) S. Lorenzo Justiniano. In Ligno vite: De oratione, cap. 2.

## CAPÍTULO II.

### DE LA MATERIA DE LA MEDITACIÓN.

isto de cuánto fruto sea la oración y meditación, veamos agora cuales sean las cosas que debemos meditar. Á lo cual se responde, que por quanto este santo ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus Mandamientos, aquella será más conveniente materia de este ejercicio, que más hiciere á este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las espirituales sagradas nos muevan á esto; pero, generalmente hablando, los Misterios de nuestra Fe (que se contienen en el Símbolo, que es el Credo) son los más eficaces y provechosos para esto. Por-

que en él se trata de los beneficios divinos, del Juicio final, de las penas del Infierno, y de la Gloria del Paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios; y en él también se trata la Vida, y Pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y estas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación; por lo cual con mucha razón se dice, que el Símbolo es la materia propísima de este santo ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues según esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino (á los cuales conviene dar el manjar como digesto, y masticado), señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana: unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los Misterios de nuestra Fe; para que así como damos á nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también

las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación, y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los Misterios de la Sagrada Pasión y Resurrección de Cristo, y las otras de los otros Misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, á lo menos podrá una semana meditar los unos Misterios, y otra los otros; ó quedarse con solos los de la Pasión y Vida de Jesucristo (que son los más principales), aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

*Siguense las primeras siete Meditaciones para los días de la semana.*

**El lunes.**

Este día podrás entender en la memoria de los pecados, y en el conoci-

miento de tí mismo, para que en lo uno veas cuantos males tienes, y en lo otro como ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que ménos conocías á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe que cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por todos los diez mandamientos, y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno de ellos hay en que no hayas caído muchas veces, por obra ó por palabra ó pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en que los has empleado; pues de todos ellos has de dar cuenta á Dios. Pues, dime ahora, ¿en qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué, fi-

nalmente, todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales, y las potencias del ánima que Dios te dió para que le conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sino en oír la mentira, y en qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones, y en qué tu gusto y tu oler y tu tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los Santos Sacramentos, que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste de tu prójimo que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? ¿Pues qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga (1): «*Dame cuenta de tu mayordomía y de la cuenta que te entre*

---

(1) Luc. cap. 16, v. 2.

*gué; porque ya no quiero que trates más en ella. ¡O árbol seco y aparejado para los eternos tormentos! ¡qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos de ella!*

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que debías, sino por otros respetos é intereses del mundo.

Considera, otrosí, cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira como todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súpito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, ami-

go de tus recreaciones, y conversaciones y risas y parlerías. Mira, otrosí, cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde, y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por este orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos para que veas como por todas partes es crecida tu miseria. Para la cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada; conviene á saber: *¿contra quién pecaste?* *¿por qué pecaste?* *¿y en qué manera pecaste?* Si miras *¿contra quién pecaste?* hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios, y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar; mas *¿por qué causa pecaste?* por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interés, y muchas veces sin interés, por sola costumbre, y desprecio de Dios. Mas *¿en qué manera pecaste?* con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo,

tan sin temor, y á veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe, ni vé lo que pasa en el mundo ¿Pues ésta era la honra, que se debía á tan alta Majestad? Este es el agradecimiento de tantos beneficios? Así se paga aquella Sangre preciosa, que se derramó en la Cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡O miserable de tí por lo que perdiste, y mucho más por lo que hiciste, y muy mucho más, si con todo esto no sientes tu perdición! Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideración en pensar tu nada, esto es: como de tu parte no tienes otra cosa más que nada, y pecado, y como todo lo demás es de Dios: porque claro está, que así los bienes de naturaleza, como los de gracia (que son los mayores) son todos suyos; porque suya es la gracia de la predestinación, (que es la fuente de todas las otras gracias) y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿que tienes, de qué te puedes glo-

riar, sino nada, y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demás á la de Dios, para que clara y palpablemente veas quien eres tú, y quien es Él; cuán pobre tú, y cuán rico Él; y por consiguiente, cuán poco debes confiar en tí, y estimarte, y cuánto confiar en El, amar á Él, y gloriarte en Él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de tí lo más bajamente que te sea posible. Piensa, que no eres más que una cañavera, que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de sér. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan, se tapan las narices, y los ojos por no verlo. Parécate que de esta manera hiedes delante de Dios, y de sus Ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes y del aire que recibes.

Derríbate con aquella pública pecadora á los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión, con aquella vergüenza, que padecería una mujer delante de su marido, cuando le hubiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón, pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad, y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

### El martes.

Este día pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como esta tan miserable vida; y aunque los defectos y miserias de esta vida sean cuasi innumerables, tú puedes ahora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo de ella *es de sesenta ú ochenta años, porque todo lo demás* (si algo queda, como dice el Profeta) *es trabajo y dolor* (1);

---

(1) Ps. 89, v. 10.

y si de aquí se saca el tiempo de la niñez que más es vida de bestias que de hombres, el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos, ni de la razón (que nos hace hombres), hallaremos ser aun más breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás, cuan desvariados son los que por gozar de este soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo considera, cuan incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro, sino dudoso. Porque cuántos llegan á esos sesenta ú ochenta años que dijimos? Á cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen), ó en agraz? *No sabeis* (dice el Salvador) *cuando vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo* (1).

---

(1) Marc. 13, v. 35.

Aprovecharte ha para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres, y señaladas á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero piensa cuán fragil y quebradiza sea esta vida; y hallarás, que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es; pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un baho de un enfermo, basta para despojarnos de ella, como parece por las experiencias cotidianas de muchas personas, á las cuales en lo más florido de su edad basta para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y como nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuanta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposición; y cuanto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos, y olas de pasiones y appeti-

tos y cuidados, que á cada hora nos perturban; y finalmente, cuantas sean las mudanzas que dicen de la fortuna que nunca consiente mucho permanecer, ni en un mismo estado, ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela, que siempre se está gastando, y mientras más arde y resplandece, más se gasta? *¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al medio día se marchita, y á la tarde se seca?* (1).

Pues por razón de esta continua mudanza, dice Dios por Isaías: *Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo* (2). Sobre las cuales palabras dice San Jerónimo: *verdaderamente quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y como en todos los*

---

(1) Job. 14, v. 2.

(2) Isai. 40, A. 6.

*puntos, y momentos de tiempos crecemos, y descrecemos sin jamás permanecer en un mismo estado, y como esto que ahora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dudará llamar á nuestro carne heno, y toda su gloria como la flor del campo (1). El que ahora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho; y el muchacho, mozo; y el mozo muy haina llega á la vejez; y primero se halla viejo, que se maravilla de ver como ya no es mozo. Y la mujer hermosa que llevaba tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas; y la que antes era amable, de ahí á poco viene á ser aborrecible.*

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí) pues siendo fea, nos parece hermosa; siendo amarga, nos parece dulce; siendo breve á cada uno la suya, le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan ama-

---

(1) Super Isai. 40. v. 6.

ble, que no hay peligro, ni trabajo á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan á perder esta.

Lo sexto, considera como demás de ser tan breve, etc. (según está dicho), eso poco que hay de vida, está sujeto á tantas miserias, así del ánima, como del cuerpo, que todo ello no es otra cosa sino un valle de lágrimas, y un piélagos de infinitas miserias. Escribe San Jerónimo, que Xerxes, aquel poderosísimo Rey, que derribaba los montes, y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver desde allí un ejército que tenía ayuntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró á llorar. Y preguntado por que lloraba, respondió: *Lloro, porque de aquí á cien años no estará vivo ninguno de cuantos allí veo presentes* (1). *¡O si pudiésemos* (dice San Jerónimo) *subirnos á alguna atalaya, que desde allá pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Desde ahí verías las caí-*

---

(1) Ad Eleliodom. Epist. 60, núm. 18. tomo 1º.

*das y miserias de todo el mundo, y gentes destruídas por gentes, y reinos por reinos. Verías como á unos atormentan, á otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verás bodas, allí llanto, aquí matar unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, y otros mendigar. Y finalmente, verías no solamente al ejército de Xerxes, sino á todos los hombres del mundo que ahora son; los cuales de aquí á pocos días acabarán.»* Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados, como en todas las edades de los hombres; y verás aun más claro, cuantas sean las miserias de esta vida, pues que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

A todas estas miserias, sucede la última, que es morir, la cual así para lo del cuerpo, como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles; pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas; y del ánima se

ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará á entender cuan breve y miserable sea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda), y por consiguiente cuan digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

### **El miércoles.**

Este día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado, como también para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente cuan incierta es aquella hora en que te ha de saltar la muerte, porque no sabes en que día ni en que lugar, ni en que estado te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demás está incierto; sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado de ella.

Lo segundo, piensa en el apartamien-

to que allí habrá, no solo entre todas las cosas, que se aman en esta vida, sino también entre el ánima, y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas de la casa, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y de esta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas? Si un buey dá bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazón, cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste áuestas el yugo de las cargas de esta vida?

Considera también la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el anima después de la muerte, porque del cuerpo ya sabe que no le puede caer otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo, en compañía de los otros muertos; mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni que suerte le ha

de caber. Esta es una de las mayores congojas que allí se padecen: saber que hay gloria, y pena para siempre; y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cual de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras esta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se tiene de dar, la cual es tal, que hace temblar aun á los muy esforzados. De Arsenio se escribe, que estando ya para morir comenzò á temer. Y como sus discípulos le dijesen: «*Padre, y tú ahora temes?*» Respondió: *Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él* (1). Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada, como un escuadrón de enemigos, que vienen á dar sobre él; y los más grandes, y en que mayor deleite recibió, esos se representan más vivamente, y son causas de mayor temor. O cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecía tan dulce! Por cierto con mucha razón dijo el sabio: *No mires al vino cuando*

---

(1) En su vida.

*cuando está rubio, y cuando resplandece en el vidrio su color; porque aunque al tiempo de beber parece blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco* (1). Estas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo; este es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia, por defuera dorado. Pues el hombre miserable viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela de este juicio, y á decir entre sí: miserable de mí que tan engañado he vivido, y por tales caminos he andado ¿qué será de mí ahora en este juicio? Si San Pablo dice, *que lo que el hombre hubiere sembrado, eso cogerá; yo que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción?* (2) Si San Juan dice, *que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?* (3).

---

(1) Prob. 23 v 31, 32.

(2) Ad Gal. 6, v. 8.

(3) Apoc. 21 v, 27.

Después de esto suceden los Sacramentos de la Confesión, Comunión y de la Extrema-Ucción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo; y así en este, como en otros, debes considerar las ansias y congojas que el hombre allí padecerá por haber vivido mal, y cuanto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y como allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apenas le darán lugar.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuan espantosos son y cuan para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, yélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto, y luego la lengua no acierta á hacer su oficio; finalmente, con la gran priesa del ánima, que se parte, turbados todos los sentidos pierden su valor y su virtud. Mas sobre todo el ánima es là que allí padece los mayores trabajos; porque allí está

batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja; porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar: el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que á cada una de estas partes acaecerá. Mira, pues, cual queda el cuerpo después que su ánima lo desampara, y cual es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuan presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiéto con todo lo que en él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaecer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpétuo olvido.

Dejadó el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el

camino que llevará por aquella nueva región, y en lo que finalmente parará y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin de esta sentencia, donde se hará el cargo, y descargo de todo lo recibido hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo; y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recibido.

### El jueves.

Este día pensarás en el juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánimo aquellos dos afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber: *Temor de Dios y aborrecimiento del pecado.*

Piensa, pues, primeramente cuan terrible será aquel día en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de

Adán; y se concluirán los procesos de nuestras vidas; y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros; porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos, pues que tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo.

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán á este día; porque como dice el Salvador, antes que venga este día, habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y finalmente, en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremarán y comenzarán á caer primero que caigan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas, y tormentas que levantará, barruntando por aquello

las grandes calamidades, y miserias que amenazan al mundo con tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego, que vendrá delante del juez y aquel sonido temeroso de la trompeta, que tocará el Arcángel, para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio; y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después de esto, considera cuan estrecha será la cuenta que así á cada uno se pedirá, *verdaderamente dice Job no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios* (1). Y si se quisiere

---

(1) Job. 3, v 3.

poner con El en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este examen, y allá dentro de su conciencia diga así? *Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, por qué así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imagen y semejanza. Yo te dí la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos, que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra, delante quien padecí. ¿Pues qué hiciste de esa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡O generación loca y adúltera! ¿por qué quisiste más servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí tu Redentor y Criador con alegría? Llameos tantas veces y no me respondisteis; toqué á vuestras puertas*

*y no despertásteis; estendí mis manos en la cruz y no lo mirásteis; menospreciásteis mis consejos, todas mis promesas y amenazas; pues decid ahora vosotros, ángeles; juzgad vosotros jueces, entre mí y mi viña, ¿que más debí yo hacer por ella de lo que hice? (1). ¿Pues qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con la de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes, y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interés? ¿Qué haréis los tales, dice Isaias, en el día de la visitación y calamidad, que os vendrá de lejos? (1) ¿Á quién pedireis socorro, y que os pro-*

---

(1) Isai. 5.

(2) Isai. 10, v. 3.

vechará la abundancia de vuestras riquezas?

Lo quinto, considera después de todo esto, la terrible sentencia, que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará reteñir las orejas de quien la oyere. *Sus labios, dice Isaias, estan llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga* (1). ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras: *Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable, que está aparejado para Satanás, y para sus Ángeles* (2). Encada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar: en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y sobre todo en la eternidad.

### **El viernes.**

Este día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánimo en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

---

(1) Isai. 30, v 27,

(2) Marh. g. 25. v. 41.

Estas penas dice San Buenaventura, que se deben imaginar debajo de algunas figuras, y semejanzas corporales, que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno según el mismo dice como un lago oscuro y tenebroso, puesto debajo de la tierra ó como un pozo profundísimo lleno de fuego ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpétuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malayenturado lugar se padecen dos penas principales: la una que llaman de *sentido*, y la otra de *daño*. Y cuanto á la primera, piensa como no habrá allí sentido alguno dentro ni fuera del ánima, que no esté penando con su propio tormento, porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que cada uno de ellos pene con su propio tormento y pague su merecido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padecerán con la visión horrible

de los demonios. Allí las orejas, que se dieron á oír mentiras y torpedades, oirán perpétuas blasfemias y gemidos. Allí las narices, amadoras de perfumes, y olores sensuales, serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto, que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema, será amargada con hiel de dragones. Allí el tacto amator de regalos y blanduras, andará nadando en aquellas heladas, que dice Job, del rio Cocyto (1), y entre los ardores y llamas del fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la representación de los males advenideros, y la voluntad con grandísima iras y rabias, que los malos ternán contra Dios. Finalmente, allí se harán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar; porque, como dice San Gregorio, *allí habrá frio, que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar,*

---

(1) Job. 21, v. 33.

*gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes* (1). Pues dime ahora, si el menor de todos estos males que hay acá, aunque se padeciese por muy pequeño espacio de tiempo sería tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí en un mismo tiempo toda está muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos? ¿Qué palabras? ¿Qué juicio hay en el mundo que puedan sentir, ni encarecer esto como es?

Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos *pena de daño*, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios, y de su gloriosa compañía, porque tanto es mayor una pena, cuanto priva al hombre de mayor bien; y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así

---

(1) Lib. 9, Moral. 46.

carecer de él, será el mayor mal de los males, cual de verdad es este.

Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende estas penas generales, hay otras particulares que allí padecerá cada uno conforme á la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así los demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusión conforme á la presunción, y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, y el hambre y sed conforme al regalo, y la hartura pasada.

A todas estas penas sucede la *eternidad del padecer*, que es como el sello, y la llave de todas ellas; porque todo esto aun sería tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni disminución, ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la dá, ni el que la padece, sino que es como un destierro preciso, y como un sambenito irremisible, que nunca jamás se quita; esto es cosa para sacar

de juicio á quien atentamente lo considera.

Esta es, pues, la mayor de las penas, que en aquel malaventurado lugar se padecen; porque si estas penas hubieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años, ó cien mil años, ó como dice un Doctor, *«si esperasen que se habían de acabar en agotándose toda el agua del mar Océano, sacando cada mil años una sola gota del mar, aun esto les sería algún linaje de consuelo; mas esto no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de la divina gloria; en cuanto Dios viviere, ellos morirán y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. Pues en esta duración, en esta eternidad querría yo, hermano mio, que hincases un poco los ojos de la consideración; y que como animal limpio rumiases ahora este paso dentro de tí, pues clama en su Evangelio aquella eterna verdad, diciendo: *El cielo y la tierra faltarán; mas mis palabras no faltarán* (1).*

(1) Math. 24 25

## El sábado.

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo y deseo de la compañía de ellos. Pues para entender algo de este bien, puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él; conviene á saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente, el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente, considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza del que es admirable, porque cuando el hombre lee en algunos graves autores, que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aunque hay algunas de ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos; donde podrian caber otras tantas y muchas más, ¿cómo no se espanta?

¿cómo no queda atónito, y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar y mucho más la de aquel soberano Señor que la crió?

Pues la hermosura de él no se puede explicar con palabras, porque si en este valle de lágrimas, y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables, y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su Majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. San Juan dice, *que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos* (1). San Dionisio dice, *que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra* (2). Santo Tomás dice, que así

---

(1) Apoc. 5, v. 7.

(2) Lib. Coeleste Hierarch. 9.

como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales, que hay en este mundo, con esta misma ventaja (1). Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto, cosa es esta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus, aunque sea el menor de ellos, es más hermoso de ver que todo este mundo visible ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos, y ver las perfecciones, y oficios de cada uno de ellos? Allí discurren los Ángeles, ministran los Arcángeles, triunfan los Principados, y alégranse las Potestades, se enseñorean las Dominaciones, resplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines y arden los Serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar

---

(1) 1°. Pet. y 58, art. 3.

con los Apóstoles, conversar con los Profetas, comunicar con los Mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo merecimiento se arrodillan los Ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿qué será ver aquel Bien universal en quien estan todos los bienes, y aquel mundo en quien están todos los mundos, y aquel que siendo Uno es todas las cosas, y siendo simplícísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oír, y ver al rey Salomón, que decía la reina de Saba: *Bienaventurados los que asisten delante de tí, y gozan de tu sabiduría* (1). ¿Qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los Santos, este el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

(1) III Regum. 10, v. 8.

Considera, después de esto, la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellos singulares dotes, que son *sutilidad, ligereza, impasibilidad, y claridad*, la cual será tan grande, que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no habiendo más de un sol en medio del cielo, basta para dar luz y alegría á todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán? ¿Pues qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradicción: *Allí será, dice san Agustín, verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error, ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual, ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí, ni de otro será el hombre molesto. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, y se prometió por ga-*



*lardón de ella, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente, y seguro; la compañía muy buena, y agradable; el tiempo de una manera: no hay distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpétuo verano, que con el frescor y aire del Spiritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban á aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita: pueblo sin murmuración, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh, si se acabase ya esta contienda, y se concluyesen los días de mi destierro! ¿cuando llegará este día? ¿Cuando vendré, y pareceré ante la cara de mi Dios? (1)*

---

(1) De Civit Dei. lib. 22. cap. 30.



### El domingo.

Este día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos, y encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas puedes tú, á lo menos, considerar estos cinco más principales, conviene á saber: De la creación, conservación, redención, vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, quanto al beneficio de la creación, considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo, y te dió ante todo merecimiento, conviene á saber: ese cuerpo con todos sus miembros, y sentidos; y esa tan excelente ánima, con aquellas tres tan nobles potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima, fue darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura, que el hombre no la tenga en su manera, por do parece que darnos

esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación, mira cuán colgado está todo tu sér de la Providencia divina; como no vivirías un punto, ni darías un paso, sino fuese por él; como todas las cosas del mundo crió para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los peces, los animales, las plantas, hasta los mismos Ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto, pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído, si Dios por su piedad no te hubiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redención, puedes considerar dos cosas: La primera, cuantos, y cuan grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redención. Y la segunda, cuantos y cuan grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo, y ánima santísima, para ganarnos estos bienes; y para sentir más lo que debes á

este Señor por lo que por tí padeció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su sagrada Pasión, conviene saber: *Quien padece, que es lo que padece, por quien padece, y por qué causa lo padece.* ¿Quien padece? Dios. ¿Qué padece? Los mayores tormentos, y deshonoras, que jamás se padecieron. ¿Por quién padece? Por criaturas infernales, y abominables, y semejantes á los mismos demonios en sus obras. ¿Por que causa padece? No por su provecho, ni por nuestro merecimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocación, considera primeramente cuan grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del bautismo, y hacerte también participante de los otros Sacramentos. Y si después de este llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿como le podrás alabar por este beneficio? ¡Qué grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cor-

tarte el hilo de la vida, como se cortó á otros en ese mismo estado, y finalmente con tan poderosa gracia que resucitases de muerte á vida y abrieses los ojos á la luz! ¡Qué misericordia fué, después de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo, y perseverar en lo bueno! Estos son los beneficios públicos, y conocidos; otros hay secretos, que no los conoce sino el que los ha recibido, y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conoce, sino solo aquel que los hizo. ¿Cuántas veces habrás en este mundo merecido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradecimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos, por alguna de estas causas, y no lo ha hecho? ¿Cuántos males, y ocasiones de males, habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos? ¿Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo á San Pedro: *Mira que Satanás andaba muy negociado para aventaros como á trigo, mas yo he rogado*

*por tí, que no desfallezca tu fe* (1). Pues ¿quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos, bien los puede á veces conocer el hombre; mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conocerá? Pues así por estos, como por los otros, es razón que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuan alcanzados andamos de cuenta, y cuanto más es lo que debemos, que lo que le podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

### CAPÍTULO III.

DEL TIEMPO, Y FRUTO DE ESTAS MEDITACIONES  
SUSODICHAS.



ESTAS son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar, y ocupar tu pensamiento por los días de la semana, no porque no puedas también pensar en otras cosas, y en otros días allende de estos; porque como ya dijimos, cual-

(1) Luc. 22, v. 31.


quiera cosa que induce nuestro corazón á amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, es materia de meditación. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos; lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe, y los que, cuanto es de su parte, más nos mueven á lo dicho; y lo otro, porque los principiantes que han menester leche, tengan aquí masticadas y digestas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña región, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas, y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

También es de saber, que las meditaciones de esta semana son muy convenientes, como ya dijimos, para el principio de la conversión, que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios, porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos puedan mover á dolor y aborrecimiento del pecado, y temor de Dios, y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones de este camino. Y por esto deben los que comienzan, perseverar por algún espacio de tiempo en la considera-

ción de estas cosas, para que así se funden más en las virtudes y afectos susodichos.

## CAPÍTULO IV.

DE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN, Y MANERA QUE HABEMOS DE TENER EN MEDITARLA.

 ESPUÉS de estas, se siguen las otras siete meditaciones de la sagrada Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo, á las cuales se podrán añadir los otros pasos principales de su vida sacratísima.

Aquí es de notar, que seis cosas se han de meditar en la pasión de Cristo. *La grandeza de sus dolores, para compadecernos de ellos. La gravedad de nuestro pecado, que es la causa, para aborrecerlo. La grandeza del beneficio, para agradecerlo. La excelencia de la divina bondad y caridad, que allí se descubre, para amarla. La conveniencia del misterio, para maravillarnos de él. Y la muchedumbre de las virtudes de Cristo, que*

*allí resplandecen, para imitarlas.* Pues conforme á esto, cuando vamos meditando, debemos ir inclinando nuestro corazón, unas veces á compasión de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza de su cuerpo, como por la grandeza de su amor, como también por padecer sin ninguna manera de consolación, como en otra parte está declarado. Otras veces debemos tener respecto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que él padeciese tantos y tan graves dolores como padeció. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y agradecimiento, considerando la grandeza del amor que él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria, esto es, para satisfacer por nuestros soberbia, é inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la po-

breza, de la aspereza, de las injurias, y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de sus virtudes: en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, aspereza, caridad, humildad, benignidad, modestia, y en todas las otras virtudes, que en todas sus obras y palabras, más que las estrellas en el cielo, resplandecen, para imitar algo de lo que en él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia, que de él para esto recibimos, y así caminemos á él por él. Esta es la más alta, y la más provechosa manera que hay de meditar la Pasión de Cristo, que es por vía de imitación, para que por ella vengamos á la transformación, y así podamos ya decir con el Apóstol: *Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo* (1).

Demás de esto, conviene en todos estos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante, cuando padece; y tener cuenta, no solo con la historia de su Pa-

(1) Ad Galat. 2, 20.

sión, sino también con todas las circunstancias de ella, especialmente en estas cuatro. *¿Quién padece? ¿por quien padece? ¿cómo padece? ¿por qué causa padece?* ¿Quién padece? Dios todopoderoso, infinito, inmenso, etc. ¿Por quién padece? Por la más ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padece? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, etc. ¿Por qué causa padece? No por algún interés suyo, ni merecimiento nuestro, sino por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demás de esto, no se contente el hombre con mirar lo que por defuera padece, sino mucho más lo que padece por dentro, porque mucho más hay que contemplar en el ánimo de Cristo, que en su cuerpo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros efectos y consideraciones que en ella haya.

Presupuesto, pues, ahora este pequeño preámbulo, comenzamos á repetir y poner por orden los misterios de esta sagrada Pasión.

*Siguense las otras siete meditaciones de  
la Sagrada Pasión.*

---

**El lunes.**

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pone, se ha de pensar el lavatorio de los pies, y la Institución del Santísimo Sacramento.

Considera pues, ó ánima mía, en esta cena á tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo inestimable de humildad que aquí te dá, levantándose de la mesa y lavádoles los pies á sus discípulos. ¡Oh buen Jesús! ¿qué es eso que haces? ¡Oh dulce Jesús! ¿por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel! ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿es posible, que

tú hayas ordenado de vender este manísimo Cordero? ¿es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos! ¿cómo podeis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos! ¿como no teneis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y trato de vuestra sangre? ¡Oh Apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais viendo tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los pies? Maravillado y atónito San Pedro, cómo viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: *¿Tú, Señor, me lavas á mí los pies?* (1) ¿No eres tú el Hijo de Dios vivo? ¿no eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraiso de los Angeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues tú me quieres á mí lavar los pies? ¿tú Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza?

---

(1) Joan. 13, 6.

Considera también, como en acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo de que estaba ceñido; y sube mas arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra Redención: mira como aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios, y así ellos quedaron limpios, y el lienzo quedaría todo manchado y sucio, después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Santo? *Blanco, y colorado es mi amado*, dice la Esposa, *y escogido entre millares* (1). Pues este, tan hermoso y tan limpio, quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas; y dejándolas limpias y libres de ellas, él quedó como lo ves en la cruz, amancillado y afeado con ellas.

Después de esto, considera aquellas palabras con que dió el fin el Salvador á esta historia, diciendo: *Ejemplo os he dado, para que como Yo lo hice, así vo-*

---

(1) Cant. 5, 10.

*sotros lo hagais.* (1). Las cuales palabras, no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino también á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa.

*De la institución del Santísimo Sacramento.*

Para entender algo de este misterio, has de presuponer, que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que estan en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este Santísimo Sacramento en que se quedaba él mismo, no queriendo que entre él, y ella hubiese otra prenda, que despertase su memoria, sino solo él. Quería también

(1) Joan. 13.

el Esposo en esta ausencia tan larga dejar á su Esposa compañía, porque no se quedase sola; y dejóle la de este Sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir á padecer muerte por la Esposa y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese cuando quisiese gozar de este tesoro, dejóle las llaves de él en este Sacramento; porque, como dice San Crisóstomo, *todas las veces que nos llegamos á él, debemos pensar que llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa sangre y nos hacemos participantes de él* (1). Deseaba, otrosí, este celestial Esposo, ser amado de su Esposa con grande amor; y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido de este amor.

Quería también asegurarla, y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la

(1) Homil. 84, in Joan.

esperanza de este bien, pasase alegremente por todos los otros trabajos, y asperezas de esta vida. Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también á la hora de su muerte hacer testamento, y dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio; y dejóle esta que era la más preciosa y provechosa, que le pudiera dejar, pues en ella se deja á Dios. Quería, finalmente, dejar á nuestras ánimas suficiente provisión, y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto, ordenó este tan sabio Médico, el cual tan bien tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza, este Sacramento; y por esto lo ordenó en especie de mantenimiento, para

que la misma especie en que lo instituyó nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas de él tenían, no menor que la que los cuerpos tienen de su propio manjar.

### **El martes.**

Este día pensarás en la oración del Huerto, y en la prisión del Salvador, y en la entrada y afrentas de la casa de Anás.

Considera, pues, primeramente como acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oración antes que entrase en la batalla de su Pasión; para enseñarnos como en todos los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recurrir á la oración como á una sagrada áncora, por cuya virtud, ó nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos, San Pedro, Santiago y San Juan, los cuales habían sido testigos de su gloriosa Transfigu-

ración; para que ellos mismos vieses cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres, el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera comenzaba á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: *Triste está mi ánima hasta la muerte. Esperadme aquí, y velad conmigo* (1). Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra, y postrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oración, diciendo: *Padre, si es posible traspasa de mí este caliz; mas no se hago como Yo lo quiero, sino como tú* (2). Y hecha esta oración tres veces, á la tercera fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo, hilo á hilo hasta caer en tierra. Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira como representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprendiendo per-

(1) Math. 36, 37.

(1) Ibid. v. 39.

fectísimante tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo por los cuales padecía, y el desagradecimiento de tantas ánimas, que no habían de reconocer este beneficio, ni aprovecharse de tan grande y costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padecía esos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima que derechamente lo padecía? Mira después como, acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuan sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegando al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor á los que le venían á prender: *Así*

como á ladrón, salisteis á mí con espadas; y habiendo yo estado con vosotros cada día en el templo, no estendisteis las manos en mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas (1). Este es un misterio de grande admiración. Qué cosa de mayor espanto, que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecador, sino también de condenado? *Esta es*, dice él, *vuestra hora y el poder de las tinieblas*. De las cuales palabras, se saca, que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que, por medio de sus ministros, ejecutasen en él todos los tormentos, y crueldades que quisiesen. Piensa, pues, ahora tú hasta donde se abajó aquella alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos los males, que es á ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían era esta, Él se quiso poner á esta pena, porque tu quedases libre de ella.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos ham-

---

(1) Math. 26, v. 55.

brientos con aquel manso Cordero, y unos lo arrebatában por una parte, otros por otra, cada uno como podía, ¡Oh cuán inhumanamente le tratarían. ¡Cuántas descortesías le dirían! ¡Cuántos golpes y estirones le darían! ¡Qué de gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven con la presa! Toman aquellas santas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas, con grande ignominia. Míralo muy bien cual va por este camino desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro encendido y sonroseado con la priesa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona, tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

Luego puedes ir con el Señor á la casa de Anás; y mira como allí respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados, que presentes estaban, dióle una gran bofetada en el rostro diciendo: *¿Así has de responder al Pontífice?* Al cual el Salvador benignamente respondió: *Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?* (1). Mira, pues, aquí, ánima mía, no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella medida de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella ánima santísima en lo interior tan humilde, y tan aparejada para volver la otra mejilla si el verdugo lo demandara.

---

(1) Joan. 18, v. 22.



## El miércoles.

Este día pensarás en la presentación del Señor, ante el Pontífice Caifás, y en los trabajos de aquella noche, y en la negación de San Pedro y azotes á la columna.

Primeramente considera, como de la primera casa de Anás llevan al Señor á la del Pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y allí verás eclipsado el Sol de Justicia, y escupido aquel divino rostro, en que desean mirar los Ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quien era, respondiese á esta pregunta lo que convenía, aquellos que tan indignos eran de tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan bofetones, y pescozones; allí le escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos con un paño,

dándole bofetadas en la cara, y juegan con él, diciendo: *Adivina quién te dió* (1). ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los Ángeles! ¿era ese rostro para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara para escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza?

Después de esto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa, porque los soldados que lo guardaban escarnecían de él, como dice San Lucas, y tomaban por medio para vencer al sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira, pues, ánima mía, cómo tu dulcísimo Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, mi buen Jesús, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso

---

(1) Math. 26, v, 28—Luc. 22, v. 64.

atormentarte! La noche fué ordenada, para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen; y ésta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima. atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en tí penasen, y trabajasen. ¡Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los Angeles en el cielo! Allá dicen: ¡Santo, Santo! Acá dicen: ¡Muera, muera! ¡Crucificalo, crucificalo! ¡Oh Angeles del paraiso, que las unas y las otras voces oíais, ¿qué sentíades, viendo tan mal tratado en la tierra Aquel, á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? ¿qué sentíades viendo que Dios tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían? ¿quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte, por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crecieron sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de San Pedro, aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la Transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia; ése primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura, y perjura, que no lo conoce, ni sabe quien es. ¡Oh Pedro, ¿tan mal hombre es ese que ahí esta, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condenarle tú primero que los Pontífices, pues das á entender que él sea persona tal, que tú mismo te deshonoras de conocerlo. ¿Pues que mayor injuria puede ser que esa? *Volvióse entonces el Salvador, y miró á Pedro* (1). Vánsele los ojos tras aquella oveja, que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no sólomente hablan, sino también obran

---

(1) Luc. 22, v. 16.

los ojos de Cristo; y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los de Cristo.

Después de todas estas injurias, considera los azotes, que el Salvador padeció á la columna, porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó hacer en Él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer á la rabia de aquellos tan crueles corazones, á fin que contentos con esto, dejasen de pedirle la muerte. Entra, pues, ahora ánima mía con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira como aquellos crueles y viles carniceros desnudan de sus vestiduras al Salvador con tanta inhumanidad, y como Él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca, ni responder palabra á tantas descortesías, como allí le harían. Mira como luego atan aquel santo cuerpo á una columna, para que así lo pudiesen herir á su placer, donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba el Se-

ñor de los Ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte, ni padrinos, ni valedero, que hiciesen por Él; ni aun siquiera ojos, que se compadeciesen de Él. Mira como luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos, y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y como se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verías luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilos por todas partes. Mas sobre todo esto ¿qué sería ver aquella tan grande llaga, que en medio de las espaldas estaría abierta, adonde principalmente caian todos los golpes?

Considera luego, acabados los azotes, como el Señor se cubriría, y como andaría por todo aquel pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni proveyese de ningun lavatorio, ni refrigerio de los que se suelen dar á los que así quedan llagados. Todas estas son cosas dignas, de grande sentimiento, agradecimiento, y consideración.

## El jueves.

Este día se ha de pensar la coronación de espinas y el Ecce-Homo y como el Salvador llevó la cruz á cuestas. A la consideración de estos pasos tan dolorosos nos convida la Esposa en el libro de los Cantares por aquestas palabras: *Salid hijas de Sion, y mirad al rey Salomón con la corona, que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón* (1).

¡Oh ánima mía, ¿qué haces? ¡Oh corazón mío, ¿qué piensas? ¡Lengua mía, ¿cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso, que aquí se me pone delante, el corazón se me parte de dolor! ¿Pues cómo, Señor? ¿no bastaban ya los azotes pasados y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, de este paso tan doloroso, pon primero

ante tus ojos la imagen antigua de este Señor, y la gran excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración.

Y después que así le hubieres mirado, y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas, que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo de dentro y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano. Y no pienses esto como cosa ya pasada sino como presente; no

como dolor ajeno, sino como tuyo propio. Te pondrás á tí mismo en el lugar del que padece, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos; ¿y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. Pues ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linajede tormentos?

Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano, así como estaba tan maltratado y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce-Homo* (1). Como si dijera: si por envidia le procurábais la muerte, véislo aquí tal, que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíais no se hiciese rey, véislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. De estas manos atadas, ¿qué os temeis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandais?

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador,

---

(1) Joan. 13, v. 15.

pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía, para quebrantar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender, cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban, según el juez creyó, para ablandar unos tan duros corazones.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santísimo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en el tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Ya estaba á las puertas aparejada la cruz, ya asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando la cabeza del Salvador. Dada ya, pues, y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes pasados, el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas viendo al Rey de los Ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblándole las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

Entre tanto, ánima mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: *¡Oh Señora de los Ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los Santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay*

*de mí, Señora mía, para que se ha guardado mi vista para esta hora! ¿Como puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para que son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas, para ser en ella justiciado.*

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina, no la guardara para mayor trabajo, y también para mayor corona.

Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de ver, las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto; halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y

más á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor y sombra de la muerte, para ver, si pudiese, al que tanto amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba de verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llega ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; mas al corazón de la Madre hablaba el del Hijo dulcísimo y le decía: *¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta al mío, y tus tormentos atormentan á mi. Vuélvete, Madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal, compañía de homicidas y de ladrones.*

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarían en aquellos piadosos corazones, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la cruz.

### El viernes.

Este día se ha de contemplar el misterio de la cruz y las siete palabras que el Señor habló.

Despierta ahora, ánima mía, y comienza á pensar el misterio de la santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado. Mira primeramente como llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos, porque fuese más vergonzosa su muerte, lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo, sin costura alguna. Mira, pues, aquí con cuanta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras y quedar á la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos Doctores, que para desnudar al Señor esta túnica, le quita-

ron con grande crueldad la corona de espinas, que tenía en la cabeza, y después de ya desnudo se la volvieron á poner y á hincarle otra vez las espinas por el cerebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Y es de creer cierto, que usaran de esta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su Pasión, mayormente diciendo el Evangelista, que hicieron en Él todo lo que quisieron. Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la vestidura al tiempo que se la desnudaron, como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados despegáronse de golpe y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el santo cuerpo quedó por todas partes abierto, y como descortezado y hecho todo una grande llaga, que por todas partes manaba sangre.

Considera aquí, pues, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece: mira como aquel que viste los cielos de nubes y los cam-

pos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frío que padecería aquel santo cuerpo, estando como estaba despedido y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino también de los cueros de la piel y con tantas puertas de llagas abiertas por todo Él. Y si estando San Pedro vestido y calzado la noche antes padecía frío, ¿cuanto mayor lo padecería aquel delicadísimo cuerpo, estando tan llagado y desnudo?

Después de esto considera, como el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más sensibles y más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría, cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caían, porque verdaderamente aquellas martilladas y clavos al Hijo pasaban las manos, mas á la Madre herían el corazón.

Mira como luego levantaron la cruz en alto y la fueron á hincar en un hoyo

que para esto tenían hecho, y como según eran crueles los ministros, al tiempo de asentar, la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel santo cuerpo en el aire y se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, ¡Oh Salvador y Redentor mío! ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padeces en esa cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte, y vestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo so-

bre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos, que tienen atravesados; cuando lo cargas sobre las manos desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la santa cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas ¿qué almohada la sostendría? ¡Oh cuan bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio; mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que de ellos recibirá, será hincarse más las espinas por el cerebro.

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ¡Oh buen Jesús! en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima: la una es de pasión, la otra de compasión: la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podría, ¡Oh buen Jesús! declarar lo que sentías, cuando

considerabas las angustias de aquella ánima santísima (la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la cruz) cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte; y aquellas angustias de su ánimo sin muerte, ya más que muerto; y aquellos ríos de lágrimas, que de sus purísimos ojos salían; y oías los gemidos, que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan gran dolor?

Después de esto, puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la cruz. De las cuales, la primera fué: *Padre perdona á éstos que no saben lo que hacen* (1). La segunda al ladrón: *Hoy serás conmigo en el paraíso* (2). La tercera á su Madre santísima: *Mujer, he ahí á tu Hijo* (3). La cuarta: *Sed tengo* (4). La quinta: *Dios mío, Dios mio, ¿por qué me desampa-*

---

(1) Luc. 23, v. 34.

(2) Luc. 23, v. 43.

(3) Joan. 19 v. 28.

(4) Job, 19, v. 28.

raste? (1). La sexta: *Acabado es* (2). La sétima: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (3). Mira, pues, ánima mía, con cuanta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre; con cuanta misericordia recibió al ladrón que le confesaba; con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado Discípulo; con cuanto ardor y sed mostró que deseaba la salud de los hombres; con cuan dolorosa voz derramó su oración, y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino; como llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre; y como finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos. Por donde parece como en cada una de estas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos. En la segunda la misericordia para con los pecadores. En la tercera la piedad para con los padres. En la cuarta el deseo de la salud de los próji-

---

(1) Math. 27, v. 46.

(2) Joan. 13, v. 30.

(3) Luc. 23, v. 46.

mos. En la quinta la oración en las tribulaciones y desamparos de Dios. En la sexta la obediencia y perseverancia. Y en la sétima la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

### **El sábado.**

Este día se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora y oficio de la sepultura.

Considera, pues, como habiendo ya espirado el Salvador en la cruz y cumplídose el deseo de aquellos crueles enemigos, que tanto deseaban verlo muerto, aun después de esto no se apagó la llama de su furor, porque con todo esto se quisieron más vengar y encarnizar en aquellas santas reliquias que quedaron, partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras, y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro! ¡Tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no le quereis perdonar aun después de muerto? ¡Qué

rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante de sí? ¡Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seais más duros que el hierro y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansareis! Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Extremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua, y sangre, con que se sanan los pecados del mundo. ¡Oh río, que sales del paraiso, y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraiso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomón! ¡Dios te salve, llaga del Costado precioso, que llagas los devotos corazones, heri-

da, que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Después de esto considera, como aquel mismo día en la tarde llegaron aquellos dos santos varones José y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descendieron en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparájase ella para darle puerto seguro en sus pechos y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad á aquella noble gente, pues que no se había despedido de su Hijo, ni recibido de Él los póstreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que la dejen ahora llegar á Él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh Angeles de la paz,

llorad con esta sagrada Virgen! ¡Llorad  
cielos, llorad estrellas del cielo, y todas  
las criaturas del mundo acompañad el  
llanto de Maria! Abrázase la Madre con  
el cuerpo despedazado, apriétalo fuerte-  
mente en sus pechos (para solo esto le  
quedaban fuerzas) mete su cara entre  
las espinas de la sagrada cabeza, júnta-  
se rostro con rostro, tíñese la cara de  
la sacratísima Madre con la sangre del  
Hijo, y riégase la del Hijo con lágrimas  
de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ese,  
por ventura, vuestro dulcísimo Hijo?  
¿Es ese el que concebiste con tanta glo-  
ria, y pariste con tanta alegría? ¿Pues  
qué se hicieron vuestros gozos pasa-  
dos? ¿Donde se fueron vuestras alegrías  
antiguas? ¿Donde está aquel espejo de  
hermosura en que os miráades? Lloraba  
otrosí el santo Evangelista, y abraza-  
do con el santo cuerpo de su Maestro,  
decía ¡Oh buen Maestro y Señor mío!  
¿Quién me enseñará de aquí en adelan-  
te? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cu-  
yos pechos descansaré? ¿Quién me dará  
parte de los secretos del cielo? ¿Qué  
mudanza ha sido esta tan extraña? ¿An-  
teanoche me tuviste en tus sagrados pe-

chos, dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto? ¿Este es el rostro que yo ví trausfigurado en el monte Tabor? ¿Es esta aquella figura más clara que el sol de mediodía?

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima! si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los Fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas! ¿quién me diese ahora, que yo muriese contigo? ¡Oh vida de mí ánima! ¿cómo puedo yo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

De esta manera lloraban y lamentaban toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un le-

cho, caminaban con El al lugar del monumento, y allí depósitan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despi- de otra vez de su Hijo; allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeída de todo su bien; allí se le queda el corazón sepultado, donde que- daba su tesoro.

### **El domingo.**

Este día podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y el aparecimiento á nuestra Señora, á la santa Magdalena y á los discípulos. Y después el misterio de su gloriosa Ascensión.

Cuanto á lo primero considera, cuán grande sería el alegría que aquellos santos Padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su Liber- tador, y que gracias y alabanzas le da- rían por esta salud tan deseada y espe- rada. Dicen los que vuelven desde las Indias Orientales á España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada, por el alegría que

reciben el día que vuelven á su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año ó de dos, ¿qué haría el destierro de tres, ó cuatro mil años, el día que recibiesen tan gran salud, y viniesen à tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera también el alegría que la sacratísima Virgen recibiría este día con la vista del Hijo resucitado, pues es cierto, que así como ella fué la que más sintió los dolores de su Pasión, así fué la que más gozó del alegría de su resurrección. Pues ¿qué sentiría cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos santos Padres, que con Él resucitaron? ¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos y las lágrimas de sus ojos piadosos? Pues ¿y los deseos de irse tras Él, si le fuera concedido?

Considera el alegría de aquellas santas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando viese al Amado de su ánima, y se derribase á sus pies, y hallase resucitado y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto; y mira bien,

que después de la Madre, á aquella primero apareció, que más amó, más perseveró, más lloró, y mas solícitamente le buscó, para que así tengas por cierto, que hallarás á Dios, si con estas misma lágrimas y diligencias lo buscareš.

Considera de la manera que apareció á los discípulos, que iban á *Emaus en hábito de peregrino* (1), y mira cuán afable se les mostró, cuan familiarmente les acompañó, cuan dulcemente se les disimuló, y en cabo cuan amorosamente se les descubrió y los dejó con toda la miel y suavidad, en los labios; sean, pues, tales tus pláticas, cuales eran las de estos, y trata con dolor y sentimientos lo que trataban estos, que eran los dolores y trabajos de Cristo; y ten por cierto, que no te faltará su presencia y compañía, si tuvieses siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascensión, considera primeramente, cómo dilató el Señor esta subida á los cielos, por espacio de cuarenta días, en los cuales apareció muchas veces á sus discípulos, y

---

(1) Luc. 24, v. 13.

los enseñaba y platicaba con ellos del *Reino de Dios* (1). De manera, que no quiso subir á los cielos, ni apartarse de ellos, hasta que los dejó tales, que pudiesen con el espíritu subir al cielo con Él. Donde verás, que á aquellos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo, esto es, la consolación sensible de la devoción, que pueden ya con el espíritu volar á lo alto, y están mas seguros del peligro. En lo cual, maravillosamente resplandece la providencia de Dios, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos; cómo regala los flacos y ejercita los fuertes; da leche á los pequeñuelos, y detesta á los grandes; consuela los unos, y prueba los otros, y así trata á cada uno según el grado de su aprovechamiento. Por donde, ni el regalado tiene porqué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza; ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y *viéndolo ellos* (2), subió al cielo, porque

(1) Act. I, v. 3.

(2) Act. I, v. 3.

ellos habían de ser testigos de estos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia, y de sus consolaciones, pregúntalo á los que lo han probado; que esos te darán de ello sufficientísimo testimonio. Quiso también, que le viesen subir á los cielos, para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia, porque este era el más conveniente aparejo para recibir su gracia. Pidió Eliseo á Elías su espíritu y respondióle el buen Maestro: *Si vieres cuando me parto de tí, será lo que pediste* (1). Pues aquellos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia, y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Así lo hacía aquel

---

(1) 4º. Regun. 2, 10.

santo varón, que decía: *Fuiste consolador mío, y no te despediste de mí; yendo por tu camino bendijiste los tuyos, y no lo ví. Los Angeles prometieron que volverías y no lo oí*, etc.

Pues ¿cual sería la soledad, el sentimiento, las voces, y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado Discípulo, y de la santa Magdalena, y de todos Apóstoles, cuando vieses írseles, y desaparecer de sus ojos aquel que tan robados tenía sus corazones? Y con todo esto, se dice que volvieron á Jerusalén con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida por otra parte por otra parte les hacía gozarse de su gloria, porque el verdadero amor no se busca á sí, sino al que ama.

Resta considerar, con cuanta gloria, con qué alegría, y con qué voces y alabanzas, sería recibido aquel noble Triunfador en la ciudad soberana, cual sería la fiesta y el recibimiento que le harían; que sería ver allí ayuntados en uno, hombres y Angeles, y todos á una caminar á aquella noble ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años,

y subir sobre todos aquella sacratísima Humanidad, y asentarse á la diestra del Padre. Todo es mucho de considerar, para que se vea cuan bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y como el que se humilló y padeció más que todas las criaturas, es allí engrandecido y levantado sobre todas ellas, para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria, el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir, y ponerse debajo de todos, para ser levantados sobre todos.

## CAPÍTULO V.

DE SEIS COSAS QUE PUEDEN ENTREVENIR EN EL  
EJERCICIO DE LA ORACIÓN.



ESTAS SON, cristiano lector, las meditaciones en que puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar, que antes de esta meditación pueden preceder algu-

nas cosas, y seguirse después otras que están anejas y son como vecinas de ellas.

Porque primeramente, antes que entremos en la meditación, es necesario aparejar el corazón para este santo ejercicio, que es como quien temple la vihuela para tañer.

Después de la preparación, se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana, como arriba lo tratamos. Lo cual sin duda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Después de la meditación, se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y un ofrecimiento de toda nuestra vida, y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa de ellos.

La última parte es la petición, que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entreenir en la oración, las cuales, entre otros pro-

vechos, tiene también este: que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiese comer de uno, coma de otro; y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre luego en otra, donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo, que ni todas estas partes, ni esta orden es siempre necesaria, mas todavía servirá esto á los que comienzan, para que tengan alguna orden é hilo por donde se puedan al principio regir Y por esto de ninguna cosa, que aquí dijere, quiero que se haga ley perpétua, ni regla general; porque mi intento no fué hacer ley sino introducción, para imponer á los nuevos en este camino, en el cual, después que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho más el Espíritu Santo, les enseñará lo demás.



## CAPÍTULO VI.

DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA  
ANTES DE ENTRAR EN LA ORACIÓN.



HORA será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación; que es primera de todas.

Puesto de rodillas en el lugar de la oración, en pie, ó en cruz, ó postrado, sentado si de otra manera no pudiese estar, hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación, y apartarla há de todas las cosas de esta vida, levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira nuestro Señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia, como que realmente le tuviese presente, y con un general arrepentimiento de sus pecados, si es la oración de la mañana, dirá la confesión general; y si es la oración de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel

día ha pensado, hablado, obrado, y oído, y del olvido que de nuestro Señor ha tenido; y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante la Divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del santo Patriarca: *Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza* (1); y luego dirá aquellos versos del Salmo: *A ti levanté mis ojos, que moras en los cielos. Así como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así estan puestos nuestros ojos en nuestro Señor, esperando que haya misericordia de nosotros* (2).

*Ten misericordia de nosotros, Señor; ten misericordia de nosotros. Gloria Patri, etc.* Y porque no somos, Señor, poderosos para pensar cosa buena de nuestra parte, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios, ni nadie puede invocar dignamente el Nombre de Jesús, sino con favor del Espíritu Santo. Por

---

(1) Gen. 19, v. 27.

(2) Ps. 122, v. 1.

tanto: *Ven, oh dulcísimo Espíritu, y envía desde el cielo los rayos de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, oh dador de las lumbres. Ven lumbre de los corazones. Ven consolador muy bueno, y dulce huesped de nuestra ánima y dulce refrigerio de ella. En el trabajo, su descanso; en el ardor del estío, su templanza; y en las lágrimas, su consuelo. Oh luz beatísima, hinche lo íntimo del corazón de tus fieles (1). ̄. Emitte spiritum tuum, et creabuntur. R. Et renovabis faciem terræ. Oratio. Deus qui corda fidelium etc.*

Dicho esto, suplicará luego á nuestro Señor, que le de gracia, para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia, que conviene para estar ante tan Soberana Majestad, y que así gaste aquel tiempo de la oración, que salga de ella con nuevas fuerzas y aliento, para todas las cosas de su servicio, porque la oración, que no pare luego este fruto, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

---

(1) Secuencia de la Misa de Pentecostés.

## CAPÍTULO VII.


### DE LA LECCIÓN.

**C**ONCLUIDA la preparación, se sigue luego la lección de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando á ella, no solo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad, para gustar lo que se entiende. Y cuando hallaré algún paso devoto, deténgase algo más en él, para mejor sentirlo; y no sea muy larga la lección, porque se dé más tiempo á la meditación, que es tanto de mayor provecho, cuanto rumia y penetra las cosas más despacio, y con más afectos; pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no puede entrar en la oración, puédese detener algo más en la lección, ó ayuntar en uno la lección con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro

y otro de la misma manera; porque yendo de esta manera atado el entendimiento á las palabras de la lección, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes, como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar, como otro Jacob, toda la noche en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando nuestro Señor la devoción, ú otra gracia mayor, la cual nunca se niega á los que fielmente pelean.

## CAPÍTULO VIII.

### DE LA MEDITACIÓN.

E sigue después de la lección, la meditación del paso que habemos leído. Y ésta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno y el paraíso. Otras es


de cosas, que pertenecen más al entendimiento que á la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios, de su bondad y misericordia, ó cualquiera otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra, solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuanto á la meditación imaginaria, habemos de figurar cada cosa de estas, de la manera que ella es, ó de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra, porque con esta representación de las cosas, sea más viva la consideración y sentimiento de ellas; y aun imaginar que pasan estas cosas dentro de nuestro corazón es mejor, que pues caben en él ciudades y reinos, mejor cabrá la representación de estos misterios; y ayudará esto mucho para traer el ánima recogida, ocupándose dentro de sí misma, como abeja dentro de su corcho, en labrar su panal de miel; porque ir con el pensamiento á Jerusalén á meditar las cosas que allí pasaron en sus propios

lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas; y por esta misma razón, no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar la naturaleza con esta vehemente aprensión.

## CAPÍTULO IX.

### DEL HACIMIENTO DE GRACIAS.

 CABADA la meditación, se sigue el hacimiento de gracias; para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias á nuestro Señor, por el beneficio que en aquella noche nos hizo. Como, si la meditación fué de la Pasión, debe dar gracias á nuestro Señor, porque nos redimió con tantos trabajos; y si fué de los pecados, porque nos esperó tanto tiempo á penitencia; y si de las miserias de esta vida, por las muchas de que nos ha librado; y si del paso de la muerte, porque lo libró de los peligros de ella, y esperó á penitencia. Y si de la gloria del

paraiso, porque le crió para tanto bien; y así de lo demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de que arriba tratamos, que son el beneficio de la creación, conservación, redención, vocación, etc. Y así dará gracias á nuestro Señor, porque le hizo á su imagen y semejanza, y le dió memoria, para que se acordase de Él, entendimiento, para que le conociese, y voluntad, para que le amase; y porque le dió un Ángel, que le guardase de tantos trabajos y peligros y tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fué ménos que librarlo de la muerte eterna; y porque tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza y morir por nosotros; y porque le hizo nacer de padres cristianos, y le dió el sagrado Bautismo, y en él le dió su gracia y prometió su gloria, y le recibió por hijo adoptivo; y porque le dió armas para pelear contra el demonio, el mundo y la carne en el Sacramento de la Confirmación; y porque se le dió á sí mismo en el Sacramento del Altar; y porque le dió el Sacramento de la Penitencia para tornar á cobrar la gracia

perdida por el pecado mortal; y por las muchas buenas inspiraciones, que siempre le ha enviado y envía, y por el ayuda que le dió para orar, bien obrar y perseverar en el bien comenzado. Y con estos beneficios, junte los demás beneficios generales y particulares, que conoce haber recibido de nuestro Señor; y por estos y por todos los otros, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y convide á todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio. Y con este espíritu, podrá decir si quisiere aquel cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate, et superexaltate, eum in sæcula* (1). O el Salmo: *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus. Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retribuciones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu viam tuam, qui coronat te in misericordia, et miserationibus, etc.* (2).


---

(1) Dan., 3.

(2) Ps. 102.

## CAPITULO X.

### DEL OFRECIMIENTO.

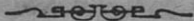
ADAS de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente protrupe el corazón en aquel afecto del profeta David, que dice: *¿Qué daré yo al Señor por las mercedes que me ha hecho?* (1). A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y para esto, primeramente debe ofrecer á sí mismo por perpétuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos, para que haga de él todo lo que quisiere, en el tiempo y en la eternidad, y ofrecer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere, para

(1) Ps. 115, v 12.


que todo sea á honra y gloria de su santo Nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció, desde el pesebre hasta la cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra, y herencia que él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual, nos hizo herederos de este tan gran tesoro. *Y así como no es ménos mío lo dado de gracia, que lo adquirido por mi lanza;* así no son ménos míos los méritos y el derecho que él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no ménos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda, que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos, y todas las virtudes de su vida santísima: su obediencia, su paciencia, su humildad, su fidelidad, su caridad, su misericordia, con todas las demás, porque esta es la más rica y más preciosa ofrenda, que le podemos ofrecer.



## CAPÍTULO XI.

### DE LA PETICIÓN.

RECIDA tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren, como á su único verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: *Confiésente los pueblos, Señor; confiésente los pueblos* (1). Roguemos también por las cabezas de la Iglesia, como son el Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros Ministros y Prelados inferiores, para que el Señor los rija y alum-

(1) Ps. 66, v. 4 y 6.

bre, de tal manera, que lleven á todos los hombres al conocimiento de obediencia de su Criador. Y asimismo, debemos rogar, como lo aconseja San Pablo, por los Reyes, y por todos los que están constituídos en dignidad, para que mediante su prudencia, vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad. Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, para que el Señor los conserve; por los pecadores, para que los convierta; y por los difuntos, para que los saque misericordiosamente de tanto trabajo, y los lleve al descanso de la vida perdurable.

Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados y cautivos. Que Dios, por los méritos de su Hijo, los ayude y libre del mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros; y que sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conociere.

Mas para mayor facilidad de esta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes:

Primeramente pidamos, por los méritos y trabajos de este Señor, perdón de todos nuestros pecados y enmienda de ellos y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel Médico celestial, para que Él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes, en que consiste la suma de toda la perfección cristiana, que son: fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes, que están en la cumbre de este espiritual edificio; porque la fe es la raíz de toda la cristiandad; la esperanza es el báculo y remedio contra las tentaciones de esta vida; la caridad es fin de toda la perfección cristiana; el temor de Dios es principio de la

verdadera sabiduría; la humildad es el fundamento de todas las virtudes; la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo; la obediencia es una muy agradable ofrenda, donde el hombre ofrece á sí mismo á Dios en sacrificio; la discreción es los ojos con que el alma vé y anda todos sus caminos; y la fortaleza, los brazos con que hace todas sus obras; la pobreza de espíritu y desprecio del mundo son fundamento principalísimo de la pureza de intención; y la pureza de intención, la que refiere y endereza, todas las obras á Dios.

Lo tercero pidamos luego las otras virtudes, que demás de ser ellas de suyo muy principales sirven para la guarda de estas mayores, como son la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después de esto, acabe con la petición del amor de Dios; y en ésta se de-

tenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en ella consiste todo nuestro bien; y podrá decir así:

*Petición especial del amor de Dios.*

«Sobre todas estas virtudes, dame, Señor, gracia, para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas, y con todas mis entrañas, como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh Esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, serena luz de mis entrañas y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh amable principio mío y suficiencia mía!»

«Apareja, Dios mío; apareja, Señor, una agradable morada para tí en mí, para que según la promesa de tu santa palabra, vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada

á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh! ¿cuando será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario á tí en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de tí vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo, y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatrás, anegarás, trasportarás y esconderás en tí, donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de tí?»

«¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura de mi corazón! ¡Óyeme Señor, no por mis merecimientos sino por tu infinita bondad!

Enseñame, alumbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa haga, ni diga, sino lo que fuere á tus ojos agradable. ¡Oh Dios mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh amor mío dulce! ¡Oh deleite mío grande! ¡Oh fortaleza mía valeme, luz mía guíame!»

«¡Oh Dios de mis entrañas! ¿porqué no te das al pobre? Hinchas los cielos y la tierra ¿y mi corazón dejas vacío? Pues vistes los lirios del campo, y guisas de comer á las avecillas, y mantienes los gusanos; ¿porqué te olvidas de mí, pues á todos olvido por tí? ¡Tarde te conocí, Bondad infinita! ¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! ¡Ciego de mí, pues no te veía! ¡Estabas dentro de mí, y yo andaba á buscarte por de fuera! Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.»

«Y porque una de las cosas que más te agradan y más hiere tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire; conviene

saber: ojos de paloma sencillos, castos y vergonzosos; ojos humildes y amorosos; ojos devotos y llorosos; ojos atentos y discretos, para entender tu voluntad y cumplirla; para que mirándote yo con estos ojos, sea de tí mirado con aquellos otros con que miraste á San Pedro cuando le hiciste llorar su pecado; con aquellos con que miraste al hijo pródigo, cuando le saliste á recibir y le diste beso de paz; con aquellos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar los suyos al cielo; con aquellos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos; finalmente, con aquellos con que miraste á la Esposa en los cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, tus ojos son de paloma; para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, les des aquellos arreos de virtudes y gracias, con que siempre te parezca hermosa.»

«¡Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame y ayúdame, Señor, en todo!


¡Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder, asienta y confirma mi memoria en tí, é hínchela de santos y devotos pensamientos! ¡Oh Hijo santísimo, por la eterna sabiduría tuya, clarifica mi entendimiento, y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad, y de mi extremada vileza. ¡Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible bondad, traspasa en mí toda tu voluntad, y enciéndela con un tan gran fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte, como te alaban y aman todos los Ángeles! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en tí, aunque ni este bastaría para amarte como tu mereces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprendes tu incomprensible bondad, y así tu solo la puedes amar cuanto ella merece, de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

«¡Oh María, María, María, Virgen santísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, Sagrario del Espíritu Santo, Lirio de pureza, Rosa de paciencia, Paraíso de deleites, Espejo de castidad, Dechado de inocencia; ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad! ¡Oh vosotros, bienaventurados Santos y Santas, y vosotros bienaventurados Espíritus, que así ardeis en el amor de vuestro Criador; y señaladamente vosotros Serafines, que abrasais los cielos y la tierra con vuestro amor, no desampareis este pobre y miserable corazón, sino alimpiadlo, como los labios de Isaías, de todos sus pecados, y abraszalo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que solo á este Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos! Amén».



## CAPÍTULO XII.

DE ALGUNOS AVISOS QUE SE DEBEN TENER  
EN ESTE SANTO EJERCICIO.

 Todo lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes de este negocio, porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración; y así por falta de ella faltan muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir á Dios es árduo, y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

*Primer aviso.*

Sea, pues, el primer aviso éste: que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las susodichas, en los tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella que tengamos por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en esta más devoción, más gusto, ó más provecho, porque como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida. Asimismo, si en algún paso de su oración ó meditación sintiere más gusto ó devoción que en otro, deténgase en él todo el espacio que le durare este afecto, aunque todo el tiempo del recogimiento se le vaya en eso. Porque como el fin de todo esto sea la devoción, como dijimos, yerro sería buscar en otra parte con esperanza dudosa, lo que ya tenemos en las manos cierto.

*Segundo aviso.*

Sea el segundo, que trabaje el hombre por escusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento; y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con especulaciones del entendimiento. Porque sin duda, no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración á meditar los misterios divinos, como si los estudiassen para predicar, lo cual mas es derramar el espíritu que recogerlo, y andar mas fuera de sí, que dentro de sí. De donde nace, que acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad, como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino hablado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos á escuchar, que á hablar. Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de viejecica ig-

norante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y accionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despavilado y atento para esudriñarlas, porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

*Tercero aviso.*

El aviso pasado nos enseña como debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad; mas el presente pone también su tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada, ni vehemente en su ejercicio; para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como algunos piensan, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la Pasión del Salvador, porque eso suele secar más el corazón, y hacerlo más inhábil para la visitación

del Señor, como enseña Casiano (1). Y demás de esto, suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan el ánimo tan atemorizado con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio, como á cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padeció, mirando (con una vista sencilla y sosegada, y con un corazón tierno y compasivo y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar) lo que por él padeció, más dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para exprimirlo á fuerza de brazos. Y esto hecho, no se congoje por lo demás, cuando no le fuere dado.

*Cuarto aviso.*

De todo lo susodicho podremos colegir cual sea la manera de atención que debemos tener en la oración, porque aquí principalmecte conviene tener el

---

(1) Collation 9, cap. 30.

corazón no caído, ni flojo; sino vivo, atento y levantado á lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así por otra parte conviene que esta atención sea templada y moderada, porque ne sea dañosa á la salud, ni impida á la devoción, porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan, como ya dijimos; y otros hay que, por huir de este inconveniente, están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir de estos extremos, conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad, dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que vá sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa, conviene saber: ni muy apretada, ni muy floja, porque ni vuelva atrás, ni camine con peligro, así debemos procurar, que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado, y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar, que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha prisa á caminar.

*Quinto aviso.*

Mas entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condición, y á la grandeza del negocio que tratamos pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante de El, y conoce que no mereces.

lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de tí mismo, y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho á lo menos lo que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoras en espíritu y en verdad, como Él quiere ser adorado (1). Y créeme cierto, que este es el paso más peligroso de esta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de este sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que era tiempo perdido perseverar en la oración, y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que después de haber hecho lo que es en tí, tomases algún libro devoto, y trocases por entonces la oración por la lección, con tanto que el leer fuese no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando mu-

---

(1) Joan. 4, v. 23.

chas veces en sus lugares la oración con la lección, lo cual es cosa muy provechosa, y muy fácil de hacer á todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

*Sexto aviso.*

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario avisar, que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oración, como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla, ó sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como para que la tierra fructifique no basta un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra por defuera, sino que es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra, y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial, para dar fruto de buenas obras. Pues por esto con mucha razón se acon-

seja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un largo rato que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio, cuando hubieramos de comenzar.

Y descendiendo más en particular á limitar este tiempo, paréceme que todo lo que es *menos de hora y media, ó dos horas, es corto plazo para la oración*, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela, y en quietar, como dije, la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es, que cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros santos ejercicios, como es después de maitines, ó después de haber oído, ó dicho Misa, ó después de alguna devota lección, ú oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y así como en leña seca, muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada sufre ser

más corto, porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo (1), porque si esto no queda por su negligencia, aquel que todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá á él también según la suya.

*Sétimo aviso.*

Conforme á este documento, se da otro semejante á él, y es que cuando el ánima fuere visitada en la oración, ó fuera de ella, con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muy muchos días. Así se dice que lo hacía san Francisco, de quien escribe san Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro

(1) Luc. 21, v. 2.

Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros, y él estabase quedo hasta acabar de rumiar y dijérir aquel bocado que le venía del cielo (1). Los que así no lo hacen suelen comunmente ser castigados con esta pena: que no hallen á Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba no los halló.

*Octavo aviso.*

El último y más principal aviso sea, que procuremos en este santo ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir à la otra, para lo cual es de saber que el oficio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas, discurriendo de unas en otras para mover nuestro corazón á algún afecto y sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella de él. Mas la contemplación es haber yá sacado esta centella, quiero decir: haber

---

(1) En su vida.

ya hallado este afecto y sentimiento que se buscaba, y estar con reposo y silencio, gozando de él, no con muchos discursos ó especulaciones del entendimiento, sino con una simple vista de la verdad, por lo cual dice un santo Doctor, que la meditación discurre con trabajo y con fruto; mas la contemplación sin trabajo y con fruto; la una busca, la otra halla; una rumia el manjar, la otra lo gusta; la una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de las cosas; finalmente, la una es como medio, la otra como fin; la una como movimiento y camino, y la otra como término de este camino y movimiento.

De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan todos los maestros de la vida espiritual, aunque poco entendida de los que la leen, conviene saber: que así como alcanzado el fin cesan los medios, como tomado el puerto cesa la navegación, así cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegare al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces cesar de aque-

lla piadosa y trabajosa inquisición; y contento con una simple vista y memoria de Dios, como si lo tuviese presente, gozar de aquel afecto que se le dá, ora sea de amor, ora sea de admiración, ó de alegría ó cosa semejante. La razón porque esto se aconseja es porque como el fin de todo este negocio consista más en el amor y afectos de la voluntad, que en la especulación del entendimiento, cuando ya la voluntad está presa y tomada de este afecto, debemos escusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento, en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto, sin derramarse por los actos de otras potencias. Y por eso aconseja un doctor, que así como el hombre se sintiere inflamar del amor de Dios, debe luego dejar todos estos discursos y pensamientos por muy altos que parezcan, no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa más que cesar el movimiento, llegado el término, y dejar la meditación por amor de la contemplación. Lo cual se-

naladamente se puede hacer al fin de todo ejercicio, que es después de la petición del amor de Dios de que arriba tratamos; lo uno porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado habrá parido algún afecto y sentimiento de Dios, pues como dice el Sabio: *más vale el fin de la oración, que el principio* (1); y lo otro, porque después del trabajo de la meditación y oración, es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento, y le deje reposar en los brazos de la contemplación. Pues en este tiempo deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren, acalle el entendimiento, quiete la memoria y fijela en nuestro Señor, considerando que está en su presencia, no especulando por entonces cosas particulares de Dios; conténtese con el conocimiento que de Él tiene por fe, y aplique la voluntad y el amor, pues éste, aun solo, le abraza, y en él está el fruto de toda la meditación; y el entendimiento es casi nada lo que de Dios puede conocer, y puédele amar

---

(1) Eccles. 7, v. 7.

mucho la voluntad. Enciérrese, pues, dentro de sí mismo en el centro de su ánima, donde está la imagen de Dios, y allí esté atento á Él, como quien escucha al que habla de alguna torre alta, ó como que le tuviese dentro de su corazón, y como que en todo lo criado no hubiese otra cosa sino sola ella y solo Él. Y aun de sí misma y de lo que hace se había de olvidar, porque como decía uno de aquellos padres: *aquella es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando* (1). Y no solo al fin del ejercicio, sino también al medio, y en cualquier otra parte que nos tomare este sueño espiritual, cuando está como adormecido el entendimiento de la voluntad, debemos hacer esta pausa y gozar de este beneficio, y volver á nuestro trabajo, acabado de digerir y gustar aquel bocado, así como hace el hortelano cuando riega una hera, que después de llena de agua detiene el hilo de la corriente y deja empapar y difundirse por las entrañas de

---

(1) Casian. collat., et Dioni. Areop. capitulo 2.º

la tierra seca la que ha recibido; y esto hecho, torna á soltar el hilo de la fuente, para que aun reciba más y más, y quede mejor regada. Mas lo que entonces el ánima siente, lo que goza, la luz y la hartura y la caridad y paz que recibe, no se puede explicar con palabras, pues aquí está la paz, que excede todo sentido, y la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

Algunos hay tan tomados del amor de Dios que apenas han comenzado á pensar en él, cuando luego la memoria de su dulcedumbre los derrite las entrañas, los cuales tienen tan poca necesidad de discursos y consideraciones para amarle, como la madre ó la esposa, para regalarse con la memoria de su hijo ó esposo, cuando le hablan de él; y otros, que no solo en el ejercicio de la oración, sino fuera de él, andan tan absortos y tan empapados en Dios, que de todas las cosas y de sí mismos se olvidan por Él; porque si esto puede muchas veces el amor carnal de un perdido, ¿cuanto más lo podrá el amor de aquella infinita hermosura, pues no es menos poderosa la gracia, que la na-

turaleza, y que la culpa? Pues cuando esto el ánima sintiere, en cualquier parte de la oración que lo sienta, en ninguna manera lo debe deshechar, aunque todo el tiempo del ejercicio se gastase en esto sin rezar ó meditar las otras cosas que tenía determinadas, sino fuesen de obligación; porque así como dice san Agustín: *que se ha de dejar la oración vocal, cuando alguna vez fuese impedimento de la devoción; así también se debe dejar la meditación, cuando fuese impedimento de la contemplación* (1).

Donde también es mucho de notar, que así como nos conviene dejar la meditación por la afección, para subir de ménos á más; así por el contrario á veces convendrá dejar la afección por la meditación, cuando la afección fuese tan vehemente que se temiese peligro á la salud perseverando en ella, como muchas veces acaece á los que sin este aviso se dan á estos ejercicios, y los toman sin discrección, atraídos con la fuerza de la divina suavidad. Y en tal caso como este, dice un doctor, que es buen

---

(1) In Inchird.

remedio sacar algún afecto de compasión, meditando un poco en la Pasión de Cristo, ó en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.






## SEGUNDA PARTE

DE ESTE TRATADO,  
QUE HABLA DE LA DEVOCIÓN.

### CAPÍTULO I. QUE COSA SEA DEVOCIÓN.

L mayor trabajo, que padecen las personas, que se dan á la oración es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten; porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce, ni más fácil que orar. Por esta razón (ya que habemos tratado de la materia de la oración, y del modo que en ella se podrá tener), será bien tratemos ahora de las cosas que ayudan á la devoción, y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar, que cosa sea devoción, porque sepamos antes que tal sea la joya porque militamos.

Dice santo Tomás, que devoción *es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil, para toda virtud y le despierta y facilita, para el bien obrar* (1). La cual definición manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir es la corrupción que á la naturaleza vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; y estas dos cosas nos hacen dificultosísimo el camino de la virtud, siendo esta de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable, y más honrosa del mundo. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la Divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción; porque así como el viento cierzo esparce las nubes, y deja el cielo sereno y descombrado, así la verdadera devoción saca-

---

(1) 2. 2.<sup>a</sup> quest. 82. art. 1.<sup>o</sup>

de de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada y desembarazada para todo bien, porque esta virtud de tal manera es virtud, que también es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, un socorro y visitación de Dios, alcanzado por la oración, y cuya condición es pelear contra esta dificultad y pesadumbre, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, henchir el ánima de buenos deseos, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo, y aborrecimiento del pecado, y dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera que así como Sansón cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas, que todos los hombres del mundo, y cuando estos le faltaban, era tan flaco como todos los otros; así lo es también el ánima del cristiano cuando tiene esta devoción, y cuando flaco no la tiene. Esto es, pues, lo que santo Tomás quiso significar en aquella definición, y esta es sin duda la mayor ala-



banza que se puede decir de esta virtud, que, siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras; y por esto el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque nunca podrá sacar de harona á su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho aparece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción; porque no es devoción aquella ternura de corazón ó consolación, que sienten algunas veces los que oran, sino esta prontitud y aliento para bien obrar, de donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que de esta devoción y prontitud muchas veces nace aquella consolación; y por el contrario esta misma consolación y gusto espiritual acrecienta la devoción esencial, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar. Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razón, desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa de acrecentamiento de esta devoción

que nos habilita para bien obrar, como lo significó el Profeta cuando dijo: *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón* (1); conviene saber con el alegría de tu consolación, que fué causa de esta ligereza. Pues de los medios por do se alcanza esta devoción pretendemos ahora aquí tratar; y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios, por eso tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración y contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella unión de nuestro espíritu con Dios, es el fin de toda la vida espiritual, es tratar de los medios por do se alcanza el mismo Dios en esta vida, y es finalmente aquel tesoro del Evangelio, y aquella preciosa margarita, por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas las cosas. Por do aparece, que esta es una altísima teología, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por pa-

(1) Psalm. 118.

so se arma una escalera para alcanzar el fruto de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

## CAPÍTULO II.

### DE NUEVE COSAS QUE AYUDAN Á ALCANZAR LA DEVOCIÓN.



AS cosas, pues, que ayudan á la devoción son muchas; porque primeramente hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy á pechos con un corazón muy determinado y ofrecido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por árduo y dificultoso que sea, porque es cierto que ninguna cosa grande hay, que no sea dificultosa; y así también lo es esta, á lo ménos á los principios.

Ayuda también guardar el corazón, de todo género de pensamientos ociosos y vanos, de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados,

pues está claro, que cada cosa de estas impide la devoción, y que no ménos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de la lengua, porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos, se hinche de diversas imaginaciones de cosas, con lo que se perturba la paz y sosiego del ánimo. Por donde con razón se dice, que el contemplativo ha de ser sordo y ciego y mudo, porque cuanto ménos se derrama por defuera, tanto más recogido estará dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad, porque no solo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazón y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre á que more dentro de sí mismo, y trate con Dios, y consigo mismo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que esta.

Ayuda, otrosí, la lección de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración, y recojen el co-

razón, y despiertan la devoción, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente; mas antes siempre se representa á la memoria, lo que abunda en el corazón.

Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones, que san Agustín llama *jaculatorias* (1); porque estas guardan la casa del corazón, y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó. Y así se halla el hombre á cada hora pronto para llegarse á la oración. Este es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos, que ni tienen tiempo, ni lugar para darse á la oración; y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará muy mucho.

Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche ó á la madrugada, que son los tiempos más convenientes para la oración, como toda la Escritura nos enseña.

(1) in Epist. ad Prob., cap. 10, et Epist. 121.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas así como nacen de devoción, así también despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nacen.

Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dán confianza para parecer delante de Dios, y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

### CAPÍTULO III.

#### DE DIEZ COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN.



así como hay cosas que ayudan á la devoción así también hay cosas que la impiden; entre las cuales la primera es los pecados; no solo los mortales, sino también los veniales, porque estos aunque no quitan

la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devoción; por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, á lo ménos por el grande bien que nos impiden.

Impide también el remordimiento de la conciencia, que procede de los mismos pecados, cuando este es demasiado, porque trae el ánimo inquieta y caída, desmayada y flaca para todo buen ejercicio.

Impiden también los escrúpulos, por la misma causa, porque son como espinas, que punzan la conciencia y la inquietan, y no la dejan reposar y sosegar en Dios y gozar de la verdadera paz.

Impide también cualquier amargura y desabrimiento del corazón, y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia, y de la alegría espiritual.

Impiden, otrosí, los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto, que inquietan el ánimo, y no la dejan dormir sueño espiritual,

que se duerme en la oración, antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten de su ejercicio.

Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo, y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar á Dios.

Impiden también los regalos y consolaciones sensuales, cuando el hombre es demasiado en ellas, porque el que se dá mucho á las consolaciones del mundo, no merece las del Espíritu Santo, como dice san Bernardo (1).

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque estas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios, y á las vigiliass sagradas, porque con el cuerpo pesado y harto de mantenimiento, muy mal aparejado está el ánimo para volar á lo alto.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos cómo del entendimiento, que es querer oír ó ver, saber ó desear muchas cosas primorosas, pulcras

---

(1) Serm. 5 in Natali Don.


y bien labradas, porque todo esto ocupa el tiempo, embaraza los sentidos, inquieta al ánima, y derrámala en muchas partes; y así impide la devoción.

Impide, finalmente, la interrupción de todos estos santos ejercicios, sino es cuando se deja por causa de alguna piadosa ó justa necesidad, porque, como dice un Doctor, es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, ó no vuelve, ó á lo ménos con mucha dificultad. Y por esto, así como los árboles y los cuerpos humanos, quieren sus riegos y mantenimientos ordinarios, y en faltando esto luego desfallen y desmedran, así también lo hace la devoción, cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria la declaración, de lo cual podrá ver quien quisiere con el ejercicio y larga experiencia.

## CAPÍTULO IV.

DE LAS TENTACIONES MÁS COMUNES QUE SUELEN  
FATIGAR Á LOS QUE SE DAN Á LA ORACIÓN, Y  
DE SUS REMEDIOS.

ERÁ bien tratar ahora de las tentaciones más comunes de las personas que se dan á la oración, y de sus remedios, las cuales por la mayor parte son las siguientes: *La ausencia de las consolaciones espirituales. La guerra de los pensamientos importunos. Los pensamientos de blasfemia é infidelidad. El temor desordenado. El sueño demasiado. La desconfianza de aprovechar. La presunción de estar ya muy aprovechado. El apetito demasiado de saber. El indiscreto celo de aprovechar.* Estas son las más comunes tentaciones que hay en este camino, los remedios de las cuales son los siguientes:

*Primer aviso.*

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios, como reo y culpado, y examine su conciencia y mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, suplique al Señor con entera confianza le perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir, y perdonar á quien otra cosa no sabe sino ofenderle. De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar, viendo lo mucho que peca; y para más amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista de ellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. A lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, hacien-

do buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios, quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira nuestro Señor tanto al caudal del hombre, cuanto á su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, y examinando con mucha atención sus pensamientos, palabras y obras. Porque como entonces nos falta el alegría espiritual (que es el principal remo de esta navegación), es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuen-

ta, como dice san Bernardo, que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada, y la destreza en el pelear. ¡Oh cuanto es la gloria del ánima que de esta manera batalla, que sin escudo se defiende, y que sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y animo por compañía!

*No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador.* Y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padecido lo que padeció, sin admitir en su ánima ningún género de consuelo. De manera que el que así padeciere y pelear, tanto será mayor imitador de Cristo, cuanto más careciere de todo género de consuelo. Y esto es beber el cáliz de la obediencia puro sin mezcla de otro licor. Este es el toque principal, en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos ó no lo son.

*Segundo aviso.*

Contra la tentación de los pensamientos importunos, que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos; aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y humildad. Y por esto, cuando el hombre se hallare de esta manera, debe volverse á Dios sin escrúpulo y sin congoja, pues esto, ó no es culpa, ó es muy liviana, y con toda humildad y devoción le diga: Veis aquí, Señor mio, quién yo soy ¿qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿qué se esperaba de esta tierra, que Vos maldijísteis, sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si vos, Señor, no la alimpiáis. Y dicho esto, torne á atar su hilo como antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres é hicieres

lo que es en tí, debes tener por cierto, que mucha más tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

*Tercero aviso.*

Para remedio de las tentaciones de blasfemia es de saber, que así como ningún linaje de tentación es más penoso que este, así ninguno hay menos peligroso; y así el remedio es no hacer caso de ellas, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y el deleite, el cual aquí no hay, sino antes lo contrario; y así ésta más se puede llamar pena, que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas y no temerlas, porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

*Cuarto aviso.*

Contra las tentaciones de infidelidad, el remedio es que, acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas exceden á todo nuestro saber. Y por tanto, el que quiere entrar en este santuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla, y no de serpiente maliciosa; y corazón de discípulo, y no de Juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el por qué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón, y abra solo el de la fe, porque este es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa mas desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre pe-

nosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso de ella, pues ésta más es pena, que culpa, porque no puede haber culpa en lo que la voluntad está contraria, como allí se declaró.

*Quinto aviso.*

Algunos hay, que son combatidos de grandes temores y fantasías, cuando se apartan solos de noche á orar. Contra esta tentacion, el remedio es hacerse el hombre fuerza, y perseverar en su ejercicio; porque huyendo crece el temor, y peleando la osadía. Aprovecha también considerar que ni el demonio, ni otra cosa es poderosa para nos dañar, sin licencia de nuestro Señor. También aprovecha considerar que tenemos al Ángel de nuestra guarda á nuestro lado, y en la oración mejor que en otra parte, porque allí asiste él para nos ayudar, y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo, que no nos pueda hacer mal.

*Sexto aviso.*

Contra el sueño demasiado el remedio es considerar que el sueño unas veces procede de necesidad, y entonces el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Otras procede de enfermedad, y entonces ne debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa; ni tampoco debe dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte lo que buena-mente pudiere, para que del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad, ni alegría verdadera en esta vida. Otras veces nace el sueño de pereza, ó del demonio, que lo procura. Entonces el remedio es el ayuno; no beber vino, beber poca agua; estar de rodillas, ó en pié, ó en cruz (y no arrimado); hacer alguna disciplina, ú otra cualquier aspereza, que despierte y punce la carne.

Finalmente, el único y general remedio, así para este mal como para los otros, es pedirlo á Aquel que está apa-

rejado para siempre dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir.

*Sétimo aviso.*

Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presunción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza, el remedio es considerar, que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propia virtud, y confía en sola la bondad de Dios, á quien todo es posible.

Para la presunción el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca, porque en este camino los que van descubriendo más tierra, esos se dan mayor prisa por ver lo mucho que les falta; y por eso nunca hacen caso de lo que tienen, en comparación de lo que desean. Mírate, pues, como en un espejo, en la vida de los Santos, y en las de otras personas

señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

*Octavo aviso.*

Contra la tentación del demasiado apetito de saber, y de estudiar, el primer remedio es considerar cuanto más excelente es la virtud que la ciencia, y cuanto más excelente la sabiduría divina que la humana, para que por aquí vea el hombre cuanto más se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una, que en aquellos por do se alcanza la otra. Tenga la gloria de la sabiduría del mundo las grandezas que quisiere, que al fin se acaba esta gloria con la vida. Pues ¿qué cosa puede ser más miserable, que adquirir con tanto trabajo, lo que tan poco se ha de gozar? Todo lo que aquí puedes saber es nada. Y si te ejercitares en el amor de Dios, presto lo irás á ver, y en Él verás todas las cosas. «Y el día del juicio no nos preguntarán, qué leímos, sino qué

hicimos; ni cuan bien hablamos, ó predicamos, sino cuán bien obramos (1)».


*Nono aviso.*

Contra la tentación del indiscreto celo de aprovechar á otros el principal remedio es que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio nuestro. Y que de tal manera entendamos en los negocios de las conciencias ajenas, que tomemos tiempo para las nuestras; el cual ha de ser tanto, que baste para traer á la continua el corazón devoto y recogido, porque esto es andar en espíritu, como dice el Apóstol, que es andar el hombre más en Dios, que en sí mismo. Pues como esto sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y de devoción, para lo cual no basta cualquier manera de y oración, sino es meneter que sea muy larga y muy profunda.

(1) Kempis lib. 1.º

## CAPÍTULO V.

DE ALGUNOS AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE  
SE DAN Á LA ORACIÓN.

NA de las cosas más arduas y dificultosas, que hay en esta vida, es saber ir á Dios, y tratar familiarmente con Él. Y por esto no se puede este camino andar sin alguna buena guía, ni tampoco sin algunos avisos, para no perderse en él; y por esto será necesario apuntar aquí algunos, con la nuestra acostumbrada brevedad. Entre los cuales, el primero sea cerca del fin que en estos ejercicios se ha de tener. Para lo cual es de saber, que como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce, y tan deitable, según que dice el Sabio, de aquí nace que muchas personas atraídas con la fuerza de esta maravillosa suavidad, que es sobre todo lo que se puede decir, se llegan á Dios y se dan á todos los espirituales ejercicios, así de lección, como de oración y

uso de Sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera, que el principal fin que á esto los lleva, es el deseo de esta maravillosa suavidad. Este es un muy grande y muy universal engaño en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios, y buscar á Dios, esto más es amar á sí, y buscar á sí; conviene saber: su propio gusto y contentamiento, que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. *Y esto es también, como dice un Doctor, un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual, que no es menos peligrosa, que la otra sensual.*

Y lo que más es, de este mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más ó menos de perfección, cuanto más ó menos gusta ó no gusta de Dios, y es un engaño muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general, que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios, y de toda la vida espiritual, es la obediencia de los man-

damientos de Dios, y el cumplimiento de la Divina voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propia, para que así viva, y reine la Divina, pues es tan contraria á ella.

Y porque tan gran victoria como esta, no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores; y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa. Y de esta manera, y para tal fin, se pueden pedir y procurar los deleites de la oración (segun que arriba digimos), como los pedia David, cuando decia (1): *Vuélveme, Señor, la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal.* Pues conforme á esto entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí tambien entenderá por donde ha de estimar y medir su aprovechamiento, y el de los otros; conviene saber: no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que por él hu-

---

(1) Psalm. 50.

biere padecido, así por hacer la voluntad divina, como por negar la propia.

Que este haya de ser el fin de todas nuestras lecciones y oraciones, no quiero traer para esto más argumentos que aquella divina oración ó Salmo: *Beati immaculati in via* (2); que teniendo ciento setenta y siete versos, porque es el mayor del Salterio, no se hallará en él uno solo que no haga mención de la Ley de Dios, y de la guarda de sus Mandamientos, lo cual quiso el Espíritu Santo que así fuese, para que por aquí claramente viesen los hombres, como todas sus oraciones y meditaciones se habian de ordenar en todo y en parte á este fin, que es la obediencia y guarda de la Ley de Dios; y todo lo que va fuera de aquí, es uno de los muy subtiles, y más colorados engaños del enemigo, con el cual hace creer á los hombres que son algo, no lo siendo. Por lo cual dicen muy bien los Santos, que la verdadera prueba del hombre, no es el gusto de la oración, sino la paciencia

---

(1) Psalm. 118.

en la tribulación, la abnegación de sí mismo, el cumplimiento de la divina voluntad; aunque para todo esto aprovecha grandemente, así la oración, como los gustos y consolaciones que en ellas se dan.

Pues conforme á esto, el que quisiere ver cuanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire *cuanto crece cada día en humildad interior y exterior. Cómo sufre las injurias de los otros. Cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas. Como acude á las necesidades de sus prójimos. Cómo se compadece y no se indigna contra los defectos ajenos. Cómo sabe esperar en Dios en tiempo de la tribulación. Cómo rige su lengua. Cómo guarda su corazón. Cómo trae domada su carne con todos sus apetitos, y sentidos. Cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades. Cómo se repara y provee en todas las cosas, con gravedad y discreción.* Y sobre todo esto, mire si está muerto al amor de la honra, y del regalo, y del mundo; y según lo que en esto hubiere aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que siente ó no siente de Dios. Y por esto

siempre ha de tener un ojo (el más principal) en la mortificación, y el otro en la oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración.

*Segundo aviso.*

Y si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para solo parar en ellos, sino por los provechos que nos causan, mucho menos debemos desear visiones ó revelaciones ó arrebatamientos y cosas semejantes, que pueden ser más peligrosas á los que no están fundados en humildad. Y no tenga el hombre miedo de ser en esto desobediente á Dios, porque cuando El quiere revelar algo, El lo sabe descubrir por tales modos, que por más que el hombre huya, El se lo certificará, de manera que no pueda dudar, aunque quiera.

*Tercero aviso.*

Debe asimismo ser avisado en callar los favores y regalos que nuestro Señor le hiciere, sino fuere solo á su maes-

tro espiritual. Por lo cual, dice San Bernardo, que el varón devoto ha de tener en la celda escritas estas palabras: *Mi secreto para mí, mi secreto para mí* (1).

*Cuarto aviso.*

También debe el hombre tener aviso de tratar con Dios con la mayor humildad y reverencia que le sea posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorecida de Dios, que no vuelva los ojos hacia dentro, y mire su vileza, y encoja sus alas, y se humille delante de tan alta Majestad, como lo hacía San Agustín, de quien se dice: *Que había aprendido á alegrarse en la presencia de Dios con temor* (2).

*Quinto aviso.*

Dijimos arriba, que el siervo de Dios ha de trabajar por tener sus tiempos señalados para vacar á Dios; pues allende de este ordinario de cada día, debe desocuparse á tiempo de todo género de

(1) Serm. 23, sup. cant.

(2) En su vida.

negocios, aunque sean santos, para entregarse del todo á los espirituales ejercicios, y dar á su ánima un abundante pasto, con él cual se repare lo que con los defectos de cada día se gasta, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Y aunque esto se debe hacer en otros tiempos, mas especialmente se debe hacer en las fiestas principales del año, y en los tiempos de tribulaciones y trabajos, y después de algunos caminos largos, y de algunos caminos que han causado distraimiento y derramamiento en el corazón, para tornar á recogerlo.

*Sexto aviso.*

Algunos hay también que tienen poco tiempo y discrección en sus ejercicios cuando les va bien con Dios. Á los cuales su misma prosperidad viene á ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos á quien parece que se les da esta gracia á manos llenas, los cuales como hallan tan suave la comuicación del Señor, entréganse tanto á ella y alargan tanto los tiempos de la oración, y las

vigilias, y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir á la continua tanta carga, viene á dar con ella en tierra.

De donde nace que muchos vienen á estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no solo para los otros trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente á los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores y la experiencia y discreción menos, para que de tal modo tratemos la manera del caminar, que no faltemos á medio camino.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que so color de discreción hurtan el cuerpo á los trabajos, el cual, aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque como dice San Bernardo: *imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto* (1); siendo princi-

---

(1) Ad fratres de Mont.

piante quiere ser perfecto, y siendo aun nuevo y mozo, comienza á tratarse y regalarse como viejo.

Y no es fácil de juzgar cual de estos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscrección, como dice muy bien Gersón, es más incurable, porque mientras el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas después de ya estragado con la indiscrección, mal se puede remediar.

*Sétimo aviso.*

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración, y visto por experiencia como todo el concierto de la vida espiritual depende de ella, paréceles que ella sola es el todo, y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen á olvidarse de las otras virtudes, y aflojar en todo lo demás. De donde también

procede que como todas las otras virtudes ayuden á esta virtud, faltando el fundamento, falta también el edificio; y así mientras más el hombre procura esta virtud, menos puede salir con ella.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía, si no sueñan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella; y así como un reloj, si se embaraza un solo punto, para todo, así también acaece en el reloj de la vida espiritual, si falta una sola virtud.

*Octavo aviso.*

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar á la devoción, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, ocupándose diligentemente en

ellos, y quitando la confianza de ellos, y poniéndola en solo Dios. Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas de él, por virtud de ellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud de ellas alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer de la gracia arte, y atribuir á reglas y artificios humanos, lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Pues por esto conviene tomar estos negocios no como cosa de arte, sino como de gracia, porque tomándolo de esta manera, sabrá el hombre que el principal medio que para esto se requiere, es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza en la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance por humildad lo que desea y lo conserve con humil-


dad, y lo agradezca con humildad sin tener ninguna repunta de confianza, ni en su manera de ejercicios, ni en cosa que sea suya.

*Fin del tratado de la oración.*





SÍ GUESE  
UNA BREVE INTRODUCCIÓN  
PARA  
LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR  
Á  
NUESTRO SEÑOR.

 sí como todas las artes humanas tienen sus principios y elementos, que son como un A. B. C. de donde comienzan, así también lo tiene el camino de Dios, que es arte de las artes, y fin de toda nuestra vida; y estos será bien señalar aquí brevemente, para los que de nuevo quieren entrar en él. Y porque los comienzos de las cosas han de ser de lo más fácil, de aquí será razón que comencemos apuntando algunos ejercicios espirituales, que con ser muy fáciles de cumplir, son como una leche de nutrimento de esta vida espiritual, porque así como el pez

se conserva en el agua, así la vida espiritual con ejercicios espirituales.

Entre estos el primero sea, que así como el hombre se determinare de servir á Dios y dejar el mundo, *haga luego una confesión general de todas las culpas de la vida pasada*. Para la cual debe tomar algunos días antes, en los cuales discutiendo por todas las edades de la vida pasada, y por todos los mandamiento de la ley divina, examine con dolor y amargura de su corazón todo lo que ha dicho, hecho ó pensado contra Dios, contra su prójimo y contra sí mismo, para confesarlo enteramente á su propio confesor, aprovechándose en esto de la pluma, para poder mejor ayudar á la flaqueza de la memoria. Y aquí debe enseñar el buen maestro á su discípulo la manera de confesarse y examinarse y aparejarse para la confesión; así para esta general, como para las otras ordinarias, que más á menudo se han de hacer. Porque no es de todos saberse confesarse fructuosamente, si no son avisados y enseñados en esta parte.

Lo segundo, debe aconsejarle que en este tiempo se ejercite en las meditacio-

nes arriba puestas, especialmente en las de la primera semana, que son más acomodadas para este tiempo, procurando por medio de ellas inclinar su corazón á dolor y aborrecimiento de los pecados, temor de Dios y menosprecio del mundo. Y aquí se ofrece gran oportunidad al maestro para platicar el ejercicio de la oración y meditación, y declarar todos los avisos arriba escritos, en los cuales conviene que esté muy resolutivo para darlos á conocer, y saberlos bien enseñar, de tal manera, que de buen maestro salga el discípulo bien enseñado.

Lo tercero debe enseñarle con cuanta reverencia y con que devoción se ha de aparejar un día ó dos antes para la Sagrada Comunión, y con cuanto temor y temblor se ha de llegar á ella, y con cuanta devoción se ha de recoger después de ella, para abrazar al Señor que recibió, y derribarse á sus pies, y darle gracias por tal hospedería, tal visita-ción y tal beneficio. Y asimismo le enseñe cuan recogido y quieto ha de estar aquel día y el día precedente, y en que género de lecciones, meditaciones

y oraciones se ha de ocupar, para mejor aparejarse á este misterio y aprovecharse de él.

Lo cuarto, enséñele de la manera que se ha de haber en todos los lugares y tiempos, y en todas las obras exteriores. Con cuanta templanza y honestidad ha de tomar refección en la mesa, con cuanta devoción y acatamiento ha de estar en la Misa y do quiera que estuviere el Santísimo Sacramento. Con cuanta atención y devoción ha de asistir á los oficios divinos, aparejándose primeramente con oración y recogimiento de corazón para ellos, y peleando fuertemente en ellos contra todas las importunas imaginaciones del enemigo, que más allí que en otra parte nos combaten.

Enseñele también, cuán compuesto ha de ser en sus movimientos, cuán medurado en sus ojos, cuán considerado en sus palabras, cuán templado en sus risas, cuán humilde á los mayores, cuán benigno á los menores, cuán cortés á sus iguales, cuán humano para con los pobres, cuán piadoso para con los enfermos, y cómo no ha de ser precipita-

do, ni inconsiderado en ninguna cosa.

Enséñele también, cómo ha de andar en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos, *como juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con aquel mismo tiento y religión que las haría si realmente le tuviese delante.*

Y asimismo le enseñe como debe andar siempre *encerrado y escondido dentro de su corazón*, y como debe procurar en todo lugar y tiempo, y en todo género de negocios, hurtar el corazón y levantarlo á Dios con alguna breve oración, tomando motivo para esto de todas cuantas cosas oyere y viere, como hacen las abejas, que de todas las flores sacan algo para hacer su miel. Y particularmente es muy loable consejo que, á imitación del Apóstol San Bartolomé, muchas veces entre día y noche, hincado de rodillas ó en pie ó como pudiere, haga oración á Dios, y juntas las manos ofrezca á sí mismo con todos sus deseos á nuestro Señor, pidiéndole su amor y gracia, aunque esto no sea más que por un credo ó dos; porque de esta devoción muchas veces se sigue más provecho de lo que nadie puede pensar. Esto

sirve para que en el altar de nuestro corazón siempre haya fuego, procurando atizarlo con todas estas consideraciones y palabras devotas, que son como nutrimento de la devoción y amor de Dios; y cuando alguna vez el pensamiento se le derramare, debe recogerlo y reducirlo á lo interior, no con pena y desasosiego como se suele hacer, sino amorosa y devotamente; porque con el fuego del divino amor se deshacen y consumen todas estas negligencias, como dicen los Santos. Y podrá entonces, vuelto á sí mismo, reprenderse mansamente diciendo: *¿Dónde me fui, oh buen Jesús? ¿Por qué me aparte de tí? ¿Dónde te has ido volando, ánima mía? ¿Qué traes de allá sino derramamiento y tibieza? ¿No sabes que el Señor está con los que están consigo, y se apartan los que se apartan de su corazón?*

Y aunque en todo tiempo debe el hombre traer consigo este cuidado cuanto le sea posible, pero señaladamente á la mañana en despertando trabaje por cerrar la puerta á todo género de pensamientos terrenos, y ocupar la posada con la memoria de Nuestro Señor, ofre-

ciéndole luego las primicias del día. Y podrá en este tiempo hacer tres cosas.

*La primera*, darle gracias porque le dió aquella noche quieta, y le libró de las fantasmas y asechanzas del enemigo, y por todos los otros beneficios, como es el de la creación, conservación, vocación, redención, etc.

*La segunda*, ofrézcale todo cuanto aquel día hiciere y padeciere y trabajare, y todos los pasos y ejercicios en que se ocupare; y á sí mismo también se ofrezca con todas sus cosas para que todo sea á gloria suya, y que de todo ello haga lo que fuere mas grato á su santa voluntad, como de cosa suya.

*La tercera*, pídale gracia para que en aquel día no haga cosa que sea en ofensa de su Majestad; y principalmente le pida favor para luchar contra todos aquellos vicios por que se siente más tentado, y ármese con una fuerte determinación y circunspección contra ellos, y con esto diga la oración del *Pater noster* y *Ave María* despacio y devotamente.

Á la noche, antes que se acueste, entre consigo en juicio, y tómese cuenta

de todo lo que aquel día hizo, ó dijo, ó pensó contra la ley de Dios; y de las negligencias y tibieza que tuvo en su servicio, y del olvido de él. Y dicha con devoción la confesión general con un *Pater noster* y una *Ave María*, pida perdón de lo mal hecho, y gracia para la enmienda de ello.

Cuando se acostare, póngase en la cama *de la manera que estará en la sepultura*, y considere un poco la figura que allí ha de tener su cuerpo, y rece sobre sí un responso ó un *Pater noster* y una *Ave María*, como sobre un difunto.

Todas las veces que despertare de noche, sea con un *Gloria Patri*, etc., ó *Jesu, nostra Redemptio*, etc., ó con otra semejante; y todas las veces que el reloj diere la hora, diga: *Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo murió por mí. Señor, á la hora de mi muerte acuérdate de mí.* Y piense entonces *como ya tiene una hora menos de vida, y que poco á poco se acabará de andar esta jornada.*

Cuando se sentare á la mesa, piense como Dios es el que le da de comer, y el que crió todas las cosas para su ser-

vicio; y déle gracias por la comida que le dá, y mire á cuantos le falta lo que á él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzaron con tanto trabajo y peligro.

Cuando fuere tentado del enemigo el remedio es correr con grandísima ligereza á la Cruz, y mirar allí á Cristo despedazado y descoyuntado y desfigurado, manando rios de sangre, y acordarse que la principal causa por que allí se puso, fué por destruir el pecado; y suplicarle ha con toda devoción, no permita Él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable, y que Él con tantos trabajos procuró destruir. Y así dirá de todo corazón: *Señor ¡que os pusiédeses Vos ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitais, Señor, por esas sacratísimas llagas; no me desampareis mi Dios, pues me vengo á Vos, sino mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si Vos me desamparais ¿qué será de mí? ¿A donde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, Señor Dios mio, y defendedme de este dragón, pues yo no puedo sin Vos. Y será muy bien á veces*

hacer á mucha prisa la señal de la Cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie. De esta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona, y de que más veces al día levante su corazón á Dios, y así el demonio que venía *por lana*, volverá, como dicen, *trasquilado*. Esta es cristiano lector, la leche de los que comienzan, oye ahora en el siguiente capítulo la suma de toda esta espiritual doctrina.






## DE TRES COSAS

QUE DEBE HACER

EL QUE QUIERA APROVECHAR MUCHO

EN POCO TIEMPO.

L que quiera en poco tiempo aprovechar mucho mediante la gracia de Nuestro Señor, ha de ser solícito en estas tres cosas.

*La primera*, en la aspereza y maltratamiento de su carne, en la vileza y aspereza y templanza en el comer y beber, en el vestir, en la cama, y en todas las cosas que usare; en estar de rodillas ó en pie ó en cruz ó postrado en la oración, en tomar disciplinas, en traer cílios, en ayunos, y sobre todo en las viglias santas en oración. Y en todo se

ha de mirar que se aflija la carne y no se amate el espíritu, ni haga daño á la salud corporal. Y por esto ha de ser con consejo de su maestro espiritual, si lo tiene; y si no lo tiene, de otra persona muy espiritual y muy penitente y ejemplar. Y porque muy pocos sienten la perfección sino como ellos la obran, si aun esto no hubiere, ayúdese de su buena discreción fundada en Nuestro Señor, y no en el saber de la carne, que el regalo finge ser discreto; y vaya experimentando las cosas, porque la experiencia con la oración y pura intención le irá dando lumbré de lo que debe hacer.

*La segunda*, y más principal, conviene que sea solícito en la mortificación interior de sí mismo y de sus apetitos y sensuales inclinaciones, y en la abnegación de su propia voluntad por cumplir la divina, y la de sus mayores á quien debe obediencia, y de su maestro espiritual si lo tiene, y en el ejercicio de las virtudes interiores y exteriores, cuando le fuere necesrio ó la caridad del prójimo ó de sí mismo le obligare, ó Nuestro Señor de dentro le convidare

á ello, aunque sea sin obligación de precepto.

*La tercera*, ha de ser solícito en la continua oración. Porque es imposible á nosotros crucificar nuestra carne, y mucho más imposible la mortificación interior y negamiento de nosotros mismos, y el ejercicio de las virtudes, por ser sobre nuestra naturaleza, sino mediante la gracia de Nuestro Señor. Al cual es facilísimo obrar en nosotros sobre toda naturaleza, lo cual Él hará si instantemente se lo pedimos. Y pues somos pobres y no tenemos fuerza para trabajar, si queremos ser ricos de dones celestiales, necesario nos es mendigar á quien nunca cesará de nos dar, si nosotros no cesáremos de pedir. Y por esto el que quiere enriquecerse de estos dones, y sobre todo, poseer á Dios por gracia singular, debe tener sus tiempos diputados para la oración y á veces alargarlos, como dicho es, y andar siempre en la presencia del Señor.

Estas tres cosas son las que principalmente debe procurar el siervo de Dios, si quiere ser purísimo y perfectísimo holocausto suyo. Porque guardadas es-

tas tres cosas, queda todo el hombre reformado con todas sus partes que son: espíritu, ánima y carne. Porque con los ayunos y asperezas corporales, se santifica la carne; con la mortificación y abnegación de todos los apetitos se purifica el ánima; y con la oración y contemplación se perfecciona el espíritu, el cual allegándose á Dios, se hace una cosa con El, que es su última perfección.

Mas aquí es de notar que para la perfección de este holocausto aun faltan dos cosas, porque en el cuerpo hay *sentidos*, y en el ánima *imaginación* y *pensamientos*; por donde á estas tres cosas debemos añadir otras dos, que son la guarda de los sentidos, conviene saber: de los ojos y de los oídos, y mucho más de la lengua que es *la llave de todo*; y la guarda del corazón ó de la imaginación, para que no ande carrera libre, discurriendo por do quisiere, sino que esté siempre atada á santas consideraciones y pensamientos. Porque, como dice San Bernardo (1): *No basta al*

(1) De Deo orand.

*varón devoto que tenga enfrenados sus afectos, sino tiene también enfrenada y recogida su imaginación.*

Y para reducir todas estas cosas á alguna orden, has de tener muy entendido qué tal quedó por el pecado el corazón del hombre para bien obrar, como la tierra para fructificar. Vemos, pues, que la tierra para esto tiene necesidad de dos cosas, conviene saber: *de agua y rocío del cielo, y de trabajo y agricultura del hombre.* Sin estas dos cosas la tierra de suyo no lleva más que zarzas y espinas. Pues así has de entender que nuestro corazón después del pecado, no lleva de suyo más que aquellas espinas, que dice el Apóstol: *Manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, suciedad, deshonestidad, iras, contiendas, porfías, envidias, van-dos, discordias etc.* (1). Mas si ha de llevar fruto de vida eterna, ha de ser con trabajo y sudor de nuestro rostro, y también con agua y rocío del cielo. Para lo primero sirve el castigo de la carne, la guarda de los sentidos, la mor-

(1) Gal. 5, v. 19.

tificación de nuestros apetitos, y el recogimiento de nuestra imaginación, que es como una agricultura y labor espiritual; mas para lo segundo, sirven los Sacramentos y la oración, porque los Sacramentos tienen virtud para dar esta agua del cielo, que es la gracia; y la oración tiene por oficio pedirla, y así le corresponde por premio alcanzarla. Y de esta manera, interviniendo la gracia de Dios y el trabajo del hombre, da fruto de bendición esta tierra de maldición, puesto caso que también este trabajo no carece de gracia, pues todo lo bueno es de Dios.

Por do parece que la vida del verdadero y perfecto cristiano, si alguno la quisiere abreviar, es continuamente orar y trabajar; y por consiguiente, que dos pies son muy necesarios para este camino, uno de trabajo y otro de oración, confiando el hombre en Dios, y trabajando constantemente por su amor, de tal manera, que ni por la demasiada confianza en Dios se eche á dormir, ni por la demasiada confianza en sus trabajos menosprecie el socorro de la divina gracia (como hicieron los Pelagia-

nos) sino como suelen decir, *con el mazo dando y á Dios llamando.*

Por aquí podrá cada cual entender que no es otra cosa la vida cristiana, sino *una perpétua cruz, y una perpétua oración.* Y cuando digo cruz entiéndola universalmente de todo el hombre y de todas las partes de él, pues todas quedaron por el pecado lisiadas, y todas tienen necesidad de cuchillo y reforma-ción. De manera que es necesaria una cruz para el cuerpo y otra para los ojos, otra para los oídos, otra para la lengua, otra para los afectos y apetitos, y otra para la imaginación. Todas estas cruces son necesarias, y este es el suspendio y la muerte que ha de abrazar y elegir nuestra ánima, para que muerta á la vida del primer Adán, viva vida del segundo. Sin esta cruz ninguna cosa valen todas nuestras oraciones, sino para vivir más engañados, de manera que ni aprovecha el trabajo sin la oración, porque no será durable, ni la oración sin el trabajo porque no será fructuosa. Con estas dos virtudes seremos templo vivo de Dios, que tenía dos lugares, uno de sacrificio y el otro de oración.

Con ellas iremos al monte de la mirra  
y al collado del incienso, subiendo por  
el collado del monte; esto es: por la  
dulzura de la oración á la amargura de  
la mortificación.



*Jesus Pereira*

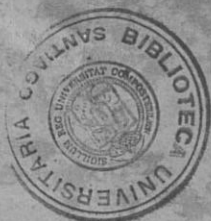
# ÍNDICE

PRIMERA PARTE. Introducción. . . . .	5
Capítulo 1.º Del fruto que se saca de la oración y meditación. . . . .	8
Cap. II. de la materia de la medi- tación. . . . .	14
Síguense las primeras siete Me- ditaciones para los días de la semana. El lunes. . . . .	16
El martes. . . . .	23
El miércoles. . . . .	30
El jueves. . . . .	36
El viernes. . . . .	41
El sábado. . . . .	47
El domingo. . . . .	53
Cap. III. Del tiempo y fruto destas meditaciones susodichas. . . . .	57
Cap. IV. De las otras siete medi- taciones de la Sagrada Pasión, y manera que habemos de tener en meditarla. . . . .	59
Síguense las otras siete medita- ciones de la Sagrada Pasión. El Lunes. . . . .	63

De la institución del Santísimo Sacramento. . . . .	66
El martes. . . . .	69
El miércoles. . . . .	75
El jueves. . . . .	81
El viernes. . . . .	88
El sábado. . . . .	95
El domingo. . . . .	100
Cap. V. De seis cosas que pueden entreenir en el ejercicio de la oración. . . . .	106
Cap. VI. De la preparación que se requiere para antes de entrar en la oración. . . . .	109
Cap. VII. De la lección. . . . .	112
Cap. VIII. De la meditación. . . . .	113
Cap. IX. Del hacimiento de gracias. . . . .	115
Cap. X. Del ofrecimiento. . . . .	118
Cap. XI. de la petición. . . . .	120
Petición especial del amor de Dios. . . . .	124
Cap. XII. De algunos avisos que se deben tener en este santo ejercicio. . . . .	130
SEGUNDA PARTE. Capítulo I.º Que cosa sea devoción. . . . .	189

Cap. II. De nueve cosas que ayudan à alcanzar la devoción. . . . .	254
Cap. III. De diez cosas que impiden la devoción. . . . .	157
Cap. IV. De las tentaciones más comunes que suelen fatigar á los que se dan á la oración, y de sus remedios. . . . .	161
Cap. V. De algunos avisos necesarios para los que se dan á la oración . . . . .	173
Síguese una breve instrucción para los que comienzan á servir á Nuestro Señor. . . . .	186
Tres cosas que debe hacer el que quiere aprovechar mucho en poco tiempo. . . . .	196

FÍN DEL ÍNDICE











G  
7  
18

SC  
L'ESPRESSO  
DE 2008-2009  
DE COMPTON, ILL.